

Héctor C. García

UN CÍRCULO Y UNA A

ANARQUISMO PARA JÓVENES Y ADOLESCENTES

La Neurosis o Las Barricadas Ed.



2ª edición

Héctor C. García

Un Círculo y una A

Anarquismo para jóvenes y adolescentes

La Neurosis o Las Barricadas Ed.



Un Círculo y una A
Anarquismo para jóvenes y adolescentes
Héctor C. García
La Neurosis o Las Barricadas Ed.
Madrid
2.^a edición
2024

Se recomienda encarecidamente la reproducción o copia de cualquier parte o la totalidad de este libro que tienes entre tus manos, siempre que, por supuesto, no implique su venta o derive en alguna otra forma de beneficio comercial.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. LOS ORÍGENES	7
CAPÍTULO 2. LAS IDEAS PRINCIPALES	13
Contra las etiquetas, diversidad	15
Ideas radicales, críticas e integrales	18
Ni mandar ni obedecer	20
La libertad	24
La igualdad	29
CAPÍTULO 3. LA CRÍTICA AL SISTEMA	33
¿Por qué antisistema?	35
Pues no somos demócratas (o no de esa forma)	41
Ya que estamos... Contra casi todo	46
CAPÍTULO 4. LA PROPUESTA SOCIAL	61
Una economía al servicio de la gente	64
La autogestión como herramienta liberadora	69
Una sociedad federada en unidades coordinadas	72
El internacionalismo	78
La idea de justicia	81
La relación con la naturaleza	89
El feminismo	93
CAPÍTULO 5. LA PROPUESTA PERSONAL	101
El modelo ético	103
Participar en el sistema o apartarse de él	106
La cuestión de la violencia	109

CAPÍTULO 6. HACER LA REVOLUCIÓN	115
Qué es una revolución y por qué queremos hacerla	117
La táctica de la acción directa	121
Organizarse	124
El apoyo mutuo como herramienta transformadora	128
CAPÍTULO 7. ¿HUBO ANARQUISMO ALGUNA VEZ?	131
El anarquismo como precursor de ideas y luchas	135
Influencias libertarias	137
¿Pero hubo sociedades anarquistas?	139
En algún lugar del mundo... ..	143
CAPÍTULO 8. ¿Y AHORA QUÉ?	147

Capítulo 1
LOS ORÍGENES

En una pared del pueblo más pequeñín de la península, en el baño de la gasolinera más repulsiva, en la última mesa del instituto, en una farola apartada, pero también en el centro de las ciudades más agitadas, en los barrios pijos o en las puertas de museos, cines, estadios de fútbol, salas de conciertos, incluso cerca del Parlamento. En todos esos sitios, alguien ha dedicado un momento a hacer un símbolo. Una A metida en un círculo. Una A anarquista, como bien sabes.

¿Qué significará eso de «anarquista»? ¿Por qué esa manía de marcar el símbolo? ¿Habrá mucha gente anarquista o serán solo un par de ellos con mucho tiempo y un poco obsesivos? ¿Quién se inventó ese círculo y esa A? ¿De dónde viene eso del anarquismo?

Este no es un libro de Historia, pero puede que convenga situar un poco el tema, así que dedicaré unas líneas a hablarte de los inicios del anarquismo.

En general, hay dos teorías sobre este tema. Una de ellas dice que anarquistas, aunque no se llamasen así, ha habido siempre. O

casi siempre. Allá donde alguien se ha negado a obedecer a la autoridad, ha habido anarquistas. En el momento en que un grupo de personas ha buscado la manera de organizarse sin líderes compartiendo la riqueza, habría anarquismo. Para quienes piensan de esta forma, habría algo así como «anarquistas antes del anarquismo». Puede que tengan razón, porque nada surge así, de pronto, sin que haya habido algo anterior que lo motive. De cualquier forma, para esta teoría habría anarquismo previo en el taoísmo, en el budismo, en los cínicos griegos, en los movimientos de resistencia campesinos de la Edad Media...

Para la segunda corriente, aunque se considera cierto que ha habido resistentes a la autoridad desde el momento en que la autoridad existe, no hay anarquistas propiamente hasta que no existe el anarquismo. Igual que, aunque ha habido comercio desde tiempos muy antiguos, no ha habido capitalismo hasta que no se han desarrollado unas características diferentes.

En lo que ambas corrientes están de acuerdo es en que el anarquismo empezó a llamarse así en el siglo XIX, al mismo tiempo que se estaba desarrollando la revolución industrial.

En ese momento, las sociedades tal y como se habían conocido durante siglos estaban desapareciendo. Si la mayor parte de la población había vivido en el campo dedicada a la agricultura y la ganadería, ahora iba a pasar a las ciudades y a engrosar las filas de los obreros y obreras. Si habían estado produciendo más o menos lo necesario para su consumo y el de poca gente más, ahora toda la producción se enfocaría a la venta, aumentando de manera inimaginable. Si el trabajo se había hecho durante milenios con la fuerza del ser humano y de algunos animales, ahora comenzaría la era de la energía y las má-

quinas que, curiosamente, convertirían a las personas en una pieza más, en lugar de liberarlas del esfuerzo y el trabajo.

Como consecuencia, surge una nueva clase social, la burguesía industrial, que es el grupo de personas dueño de esas fábricas, y que también ha conseguido ir apropiándose de la tierra cultivable que poco antes pertenecía a cada pueblo.

Con tanto poder económico, la burguesía se alía pronto con quienes tienen el poder político, hasta que unos y otros se confunden y se forma una manera de gobernar: el Estado contemporáneo. El Estado hace en esos años del siglo XIX un enorme esfuerzo para dominar hasta el último rincón de un territorio. Se crean cuerpos de policía para controlar a toda la población (especialmente a la del ámbito rural, que suele vivir de espaldas al poder); se crea la educación estatal para que todos los niños aprendan que son parte del mismo país (a menudo, imponiendo un solo idioma en territorios en los que se hablaban varios); se crea una burocracia que cambia las relaciones entre los que no tienen poder y quienes dirigen el cotarro, que se protegen por medio de una espesa red de funcionarios.

Todo esto lo avalan las teorías económicas llamadas liberales y las teorías políticas democráticas. Y contra esto surgen los movimientos socialistas. Es decir, los movimientos que defienden que la propiedad de lo que nos puede ser útil para producir (herramientas, fábricas o campos) debe ser de la comunidad, de la gente, y no de una persona o una empresa, que generalmente se las han apropiado por medio de leyes creadas por sus compinches y protegidas por la violencia.

Y dentro de estos movimientos socialistas está el anarquismo, una de sus ramas.

El primero en llamarse anarquista a sí mismo fue un francés, Pierre Joseph Proudhon. En 1840 escribió un libro llamado *¿Qué es la propiedad?* en el que argumentaba que no hay razón para que nadie se quede con lo que la naturaleza da a todos, ni con lo que el trabajo colectivo crea. Además, profundizó sobre algunas ideas que luego veremos, como el concepto de federalismo. A partir de ahí, diferentes personas, algunas conocidas y otras anónimas, han ido dando forma a esto del anarquismo. Mijail Bakunin, Louise Michel, Piotr Kropotkin, Emma Goldman, Errico Malatesta, Eliseo Reclús, Voltairine de Cleyre, Ricardo Mella, Ricardo Flores Magón y un largo etcétera, junto con miles de personas que han añadido ideas y actividad al movimiento anarquista, han logrado que hoy, alguien, en cualquier rincón del mundo, sepa que dibujar una A dentro de un círculo es sinónimo de rebeldía, libertad y justicia. Por cierto, la A en el círculo se popularizó allá por 1968, en las revueltas del mes de mayo en Europa, aunque el movimiento obrero ya había usado símbolos parecidos desde el siglo XIX.

Capítulo 2

LAS IDEAS PRINCIPALES

CONTRA LAS ETIQUETAS, DIVERSIDAD

Las ideas anarquistas, como decía, se han ido construyendo con aportaciones de mucha gente. Algunas de esas aportaciones han quedado recogidas en libros, revistas, periódicos y otros medios, pero otras, simplemente, han sido fruto de la práctica. No hay una cabeza visible del anarquismo que haya pensado por todo el mundo y a quien se siga como a un líder.

Por ese motivo, y por la propia esencia del anarquismo, este es diverso. Como no existe la biblia anarquista, cada cual aporta matices y, a veces, esto genera corrientes, interpretaciones en grupo o como quieran llamarse. Por ejemplo, hay anarquistas que consideran que la manera más eficaz de llegar a un mundo mejor es organizarse entre trabajadores en un sindicato. Otros, por el contrario, creen que es mejor hacerlo en el barrio, con gente cercana. Incluso los hay que prefieren no organizarse de manera fija, sino crear lazos con gente afín cuando surja algún interés común.

Puede que pienses: «Menudo caos. No me extraña que se llamen anarquistas. No están de acuerdo en nada». Vale. Acepto la crítica e intento responderla.

A pesar de las diferencias entre anarquistas, sí hay algunos puntos en los que están de acuerdo. Esos son los que expondré en este libro. Además, esas diferencias no son exclusivas del anarquismo, sino de cualquier grupo humano.

Por ejemplo, hay diferencias entre profesores. Todos hacen más o menos lo mismo, pero algunos creen que es importante que los alumnos manejen muchos conceptos y teorías y otros prefieren que investiguen y hagan tareas en grupo. Algunos defienden la disciplina y el orden como si fueran policías y otros les dan menos importancia. ¿Son todos profesores? Sí. ¿Son todos iguales? No. ¿Es eso un caos? No sé, dilo tú.

También hay diferencias dentro de cualquier corriente política. No solo dentro de cada partido, que también, sino entre gente que coincide ideológicamente, por decirlo de alguna forma. O dentro del feminismo o del ecologismo. La diversidad es inevitable, pero para el anarquismo es también deseable. Quienes aparentan mayor acuerdo suelen estar sometidos a más presión de la autoridad. Es decir, están de acuerdo porque alguien les manda. Y eso sí que es inaceptable para los anarquistas.

Dicho de otra manera: no hay un anarquismo único, pero lo que nos une es más grande que lo que nos diferencia. Y más grande aún es lo que nos diferencia de otras visiones políticas.

Quizá por esa diferencia respecto a corrientes liberales, marxistas o fascistas, muchos se han encargado de poner etiquetas al anar-

quismo, de crear caricaturas. En otras ocasiones, hay que suponer que hay quien repite esas caricaturas solo por ignorancia.

Vas a poder leer en algún libro de texto, o a escuchar por ahí, que los anarquistas son violentos, por ejemplo. Aunque luego entrará un poco más en ese tema, no deja de tener gracia que diga eso alguien que aplaude a los militares y sus armas, preparadas para hacer un estropicio en cualquier momento; o a la policía, que va por ahí dedicada fundamentalmente a la violencia. Además, ¿qué es ser violento? Créeme si te digo que me relaciono frecuentemente con otros anarquistas y no van dando guantazos por ahí día y noche. Cuando en los libros de historia te hablen de que el anarquismo practicó la violencia política, quizá puedas pensar que, en el siglo XIX, en las fechas de las que te hablan, los gobiernos del capitalismo habían invadido África y Asia (época del imperialismo, lo llaman). No lo habían hecho poniendo discos de Mozart a todo volumen. Entre otras lindezas, habían secuestrado a 12 millones de personas de África para convertirlas en esclavos, de las cuales decenas de miles murieron en los barcos que los llevaban a ser explotados.

También puedes pensar que los Estados, con sus jueces, policías y demás, asesinaban cada día a obreros rebeldes. O que la Revolución Industrial trajo consigo cárcel y miseria a quienes se resistieron a las leyes que puso en marcha la burguesía para crear aquello que llamaron mercado libre. Pero en los libros no aparece que «el liberalismo tiene sus raíces en la violencia esclavista, imperialista y contra el mundo agrario».

Quizá tú también tengas alguna idea estereotipada sobre los anarquistas. Puede que creas o te hayan dicho que son vagos, o drogadictos, o marginados, o raritos o alguna otra cosa. ¿Hay anarquistas

así? Pues claro, como los hay entre los empresarios, entre los políticos o los cantantes de K-pop. Al fin y al cabo, somos personas viviendo en este mundo. Otra cosa es que esos comportamientos sean más o menos coherentes con las ideas anarquistas. Vamos a ver esas ideas y así puedes opinar tú.

IDEAS RADICALES, CRÍTICAS E INTEGRALES

Los anarquistas son unos radicales. Mira, eso sí me parece que es verdad. *Todos los extremos se tocan*. Anda, eso es una tontería, sin embargo. Para empezar, porque ¿quién es extremo y quién no? Habría que verlo. Pero incluso si aceptamos lo que a veces se llama extremo, ya me dirás qué tiene que ver alguien que valora por encima de todo la libertad y la igualdad (anarquista) con alguien que cree que existe una desigualdad natural que depende de tu origen y que adora la autoridad total (fascista). En fin, vayamos a lo primero.

El anarquismo es un conjunto de ideas radicales. Radical, para nosotros, consiste en examinar el mundo, ponerlo en cuestión y buscar el origen de lo que no va bien para poder mejorar sin que se trate solo de poner tiritas en un agujero de bala. Eso es *ir a la raíz* y de ahí lo de radical. Por ejemplo, cuando un anarquista va por la calle de una ciudad cualquiera y ve personas viviendo entre cartones, cree que eso está mal. Si alguien no es radical, puede pensar que mejoraría el asunto si hubiera más lugares para acoger a la gente sin hogar. Cuando alguien es radical, se plantea que es absurdo que unos seres humanos abandonen a otros al frío y buscan la causa primera de esto. Los anarquistas la encontramos en un sistema que da más importancia al dinero que a la gente. Y entonces, cuestionamos el sistema.

La propuesta anarquista no nace de un programa político, sino de revisar todas nuestras verdades, todo nuestro entorno, con la intención de desprendernos de aquello que se acepta como verdad o como inevitable solo porque nos lo han dicho desde pequeños. ¿Es inevitable que haya personas durmiendo en la calle, sin casa, sin comida y sufriendo enfermedades? Para mucha gente, sí. Para el anarquismo, desde luego que no. No solo no es inevitable, sino que es completamente *inhumano*.

El anarquismo también es un conjunto de ideas radicales porque defiende que ni la política ni la economía son capaces por sí solas de dar respuesta a la gran pregunta de cómo pueden convivir las personas entre ellas, con el medio ambiente y con los demás animales. Para nosotros, cualquier propuesta sobre estos asuntos tiene algo importante detrás: una idea de cómo deben ser los humanos. Por ejemplo, para el modelo liberal o capitalista o de mercado, que el nombre es lo de menos, las personas somos, fundamentalmente, seres que deciden de manera egoísta buscando beneficios, resultados. Por eso, importa más bien poco si nos cargamos el Mar Menor o si hacinamos a 10 000 cerdos en un espacio inmundo, ya que lo importante es el rendimiento que se saca por ello.

Es por esto que el anarquismo tiende a buscar una explicación integral, que pueda abarcar diferentes aspectos, no solo la economía o la política. Por ejemplo, en los casos del Mar Menor o de los pobres cerdos, desde la política se puede atenuar esta situación con leyes medioambientales, pero como el modelo de ser humano no cambia, se repetirán problemas similares a la vuelta de la esquina. Resultaría útil detenerse en el concepto antropológico que deriva de un sistema político, pero corro el riesgo de ponerme demasiado «filosófico», así

que me voy a conformar con pasar al siguiente tema, que va precisamente sobre cómo el anarquismo ve a los seres humanos: iguales y libres.

NI MANDAR NI OBEDECER

La idea fundamental, la más básica, la que está en la base del pensamiento y de la acción anarquista comienza con una pregunta muy sencilla: ¿Por qué unas personas deben mandar sobre otras? La respuesta que damos, claro, es contundente: no hay ninguna razón para que alguien tenga el poder de decidir sobre otras personas de manera continua (y, a menudo, sin su consentimiento). Si nacemos más o menos con las mismas características y tenemos igual dignidad y valor, ¿cómo es posible que un grupo reducido de individuos imponga sus criterios al resto? ¿Acaso quienes mandan pertenecen a un modelo humano más avanzado, *humanos Premium*, y por eso hay que dejarles decidir? ¿No resulta indigno someterse a una autoridad?

Nos hemos acostumbrado tanto a que haya un poder, que estas preguntas pueden resultar raras, incluso desafiantes, provocadoras. Desde muy pequeños se nos alecciona para que aceptemos obedecer y para que nos preparemos para mandar. Debemos obedecer a nuestros padres, a nuestros profesores, a la policía, a los guardas jurados, las leyes, el gobierno, el jefe del trabajo... Cada cual se justifica con unos argumentos que, examinados un poco, resultan extraños. Vamos a ver unos pocos.

El primer argumento, muy extendido, es: «si no hubiera alguien que mandase, la sociedad sería un caos violento». Más o menos es el argumento de las pelis y series que cuentan que hay una catástrofe, desaparecen el gobierno y sus amigos (la policía, el ejército y demás)

y la gente sale a matarse entre ella para pasar el rato y lograr latas de sopa en supermercados abandonados (las latas de sopa deben de ser un alimento excepcional). Bueno, también lo hacen para alargar los capítulos de la serie y darle algo de morbo. Si la gente saliera a celebrar que ya no hay reyes, gobernantes corruptos ni polis incor-diando, la trama daba poco de sí. La alegría no vende tanto como la pelea y la angustia.

El caso es que este argumento, mil veces repetido, viene a decir algo así como que los seres humanos son temibles fieras esperando una señal para echarse encima de los demás y despojarles de lo que tengan. Por eso sería necesario que haya un poder que logre dominar ese instinto criminal que todos poseemos.

¿Qué se ha dicho desde el anarquismo sobre esto? Que resulta ridículo. Primero, porque eso del ser humano como bestia sangrienta es un mito, un mito que no se apoya en datos, sino en imaginaciones. Si nos devorásemos cruelmente cuando no hay autoridad, nuestra especie no hubiera llegado a sobrevivir. Entre otras cosas, porque durante miles de años no hubo esa autoridad. En segundo lugar, imaginemos por un momento que, en efecto, somos animales con tendencias homicidas y egoístas que solo se están momentáneamente quietos por miedo al gobierno, por ejemplo. Si somos así, ¿no será peligroso que uno de nosotros tenga el poder de organizar a otros, de disponer de ejércitos, de usar a las personas a su antojo? ¿Acaso se hace una selección especial de personas casualmente desinteresadas y bondadosas para ejercer la autoridad? Haciendo una lista de dirigentes internacionales, no parece que se cumpla ese criterio.

En fin, que parece más bien que alguien se ha liado y ha confundido causa con consecuencia. A pesar de que parezca que la causa es

que las personas son bichos belicosos y la consecuencia es que debe haber un poder que las domine, la realidad es que hay un poder que se justifica diciendo que las personas son malo-malísimas. Vamos, que es propaganda. Reconozcamos que entretenida, pero falsa como cualquier otra publicidad.

Hay un segundo argumento que es la eficacia. Vendría a ser algo así: «La autoridad es eficaz para tomar decisiones. Si nadie manda, es imposible que las cosas vayan bien». Como este es solo un modesto librito, no me voy a detener en criticar el concepto de eficacia, pero hay que ver la manía que les ha dado a estos grandes hombres por medir las cosas únicamente en función de sus resultados. Bueno, todo menos a ellos mismos, claro.

En fin. Hablemos de eficacia y decisiones. La verdad es que el poder es eficaz. Es eficaz para ocultar lo chapucero de su trabajo en una red de papeleo y trámites imposibles de superar sin un curso de «Especialista en gestión absurda». Es eficaz para tapar la corrupción presionando a quienes la denuncien. Es eficaz, esto es completamente cierto, para organizar guerras a gran escala. Eso a la gente de la calle se le suele dar regular. Incluso le interesa bastante poco. Con esto quiero decir que la eficacia del poder está relacionada con los intereses de ese poder. Es muy eficaz y rápido cuando se trata de salvar a sus amigos, pero para resolver un problema de los que nos afectan a los que andamos por aquí abajo no hay nada más lento, desesperante e ineficaz que la existencia de diferentes gestores.

Y si se trata de rapidez, igual sería deseable una dictadura. Será por eficacia. Una sola persona (o un grupito muy pequeño) decidiendo a lo loco sobre los asuntos más diversos. Que si ponme un parque allí, que si baja los impuestos de la gasolina, que si da Internet gratis

a los mayores de 50 años, que si no hay clase cuando haga más de 30 grados de calor... Un primor de decisiones frescas. ¿A que no parece buena idea? Pues igual es porque resulta que el criterio de eficacia, además de falso, no es suficiente para justificar que unos manden y otros obedezcan.

Un tercer tipo de argumentos suele apoyarse en que hay gente que sabe más de unos asuntos y, por lo tanto, debe mandar: «La gente que sabe más tendrá que mandar para que las cosas salgan bien». El anarquismo no niega, claro, que haya especialistas. Ni que se les pueda consultar. Incluso que se deba escuchar su opinión con interés. Y, si se trata de algún asunto técnico, suele ser conveniente dejarse asesorar. Si se quiere construir un puente y alguien sabe calcular cómo hacerlo para que no se hunda, parece lógico pedirle que eche una mano. Otra cosa es que ese alguien se ponga al frente de los obreros, que también son especialistas en lo suyo, a decirles cómo mezclar el cemento. O que luego quiera que todos pasemos por «su» puente y no por otro. Por otro lado, la mayor parte del poder no se ejerce de esta forma. Más bien suele ocurrir que un especialista en un campo cualquiera se exceda y mande en muchos otros. Nos hemos acostumbrado a creer que las decisiones vienen de un sesudo análisis científico o técnico, cuando la realidad es que muchas de ellas se rigen por intereses de otro tipo. Desde el mundo anarquista se ha señalado que el peso de las decisiones debe estar en los afectados, en los interesados. ¿Que se quiere consultar con uno o varios especialistas? Estupendo. Pero luego no tienen por qué mandar esos especialistas. Ni les obedeceremos si lo intentan.

Hay muchas otras trampas para tratar de convencernos de que nuestra libertad debe estar en manos de la autoridad (y quienes más

usan la palabra libertad últimamente, más defienden que se recorte, no te creas). Para rebatir todas necesitaría un libro bastante más extenso, y me han dicho que este tiene que ser breve, así que estas tres pueden servir para plantearse cuánto poder estamos dispuestos a aceptar, en qué situaciones y por qué motivos, aparte de la costumbre o el interés de que quienes mandan sigan haciéndolo. Lo que se suele llamar tener una visión crítica del mundo, vaya.

LA LIBERTAD

Una de las palabras más usadas últimamente es libertad. Todo el mundo quiere parecer un defensor de la libertad porque es un valor muy aceptado, aunque a veces no sepamos qué significa exactamente. Si entendemos libertad como la capacidad de elegir y la posibilidad de hacerlo sin que nos lo impidan, a ver quién dice que le parece mal. Lo contrario de libertad es opresión, dictadura, control. Nadie quiere ser defensor de esto.

Pero (siempre hay un pero, al menos), agitar la bandera de la libertad, gritar que representas la libertad o usar la palabra en cada discurso al menos doce veces tiene otra intención. No solo la de aparecer como representante de un concepto que tiene mucho prestigio, sino la de definir ese concepto.

E igual piensas: «pero, ¿qué hay que definir, alma de cántaro? Libertad es eso: libertad. Hacer lo que me dé la gana sin molestar a los demás». Y te diré entonces: anda, mira, ya tienes una definición de la libertad, pero resulta que no es la única.

Para el anarquismo, en efecto, la libertad es el concepto fundamental, la base de todo el pensamiento. De ahí que, como ya hemos visto, no admita la autoridad. El resto de principios anarquistas de-

rivan justamente de esa defensa radical de la libertad. Incluso la idea que el anarquismo maneja del ser humano se basa en ella, en que los seres humanos (por naturaleza, podríamos decir) tienen instintos de rebelión ante las imposiciones.

Sin embargo, hay dos matices importantes respecto a la definición que te he atribuido (quizá de manera malévola y equivocada, lo admito, pero era más bien como un juego). La primera es que la libertad no existe solo en el plano teórico, sino en la realidad. Y en la realidad, en la vida que vivimos las personas que andamos por aquí, aunque en un papel ponga que somos libres para algo, si realmente no tenemos esas posibilidades, esa libertad es un timo. Me explico: imagina que una política profesional sale diciendo que en su ciudad se tiene libertad, porque todo el mundo puede elegir en qué barrio quiere vivir. Impecable. Nadie viene a decirte que vivas en este o en aquel otro barrio. Nadie te impide cambiarte de casa si la tuya no te gusta o tus vecinos te caen fatal. Esto lo reconocen las leyes y todos los papeles oficiales. Pero (siempre hay un pero, al menos), ya intuirás que, si quieres irte a vivir a aquella zona de chalés con jardín que hay un poco a las afueras, pero no demasiado, porque andando casi llegas al centro en media hora, pues no eres tan libre. ¿Por qué? Pues porque no tienes dinero para ello. ¿Entonces? Entonces resulta que la libertad, cuando hay desigualdades sociales, es una bonita palabra para adornar discursos, pero poco útil para la vida real.

Ahora puedes aplicar este ejemplo a lo que quieras, porque te vas a hinchar a leer eso de que «nadie te pone una pistola en la cabeza para...». Nadie pone una pistola en la cabeza a las mujeres para que sigan viviendo con un maltratador, pero (siempre hay un pero...) a menudo no tienen otra forma de sacar adelante a sus hijos; nadie pone

una pistola en la cabeza a quien acepta un trabajo de mierda, pero (siempre...) igual resulta que cambiar de trabajo exige unos estudios que alguien no tiene porque tuvo que buscarse un trabajo de mierda; nadie pone en la cabeza una pistola a otro para que cambie de país, pero (bueno, ya sabes...) puede ser la única manera de escapar de la miseria.

Lo que decimos los anarquistas es que la pistolita de las narices tiene muchas formas, unas más sutiles y otras más despiadadas, pero todas igual de efectivas. Quien crea que decidimos siempre de manera libre y alegremente, trata de engañarnos. Engañarnos para justificar la injusticia. Y engañarnos para hacernos creer que basta con proclamar la libertad para que sea efectiva.

Por lo tanto, la libertad no se consigue solo dando a elegir (que, por supuesto, es el objetivo), sino haciendo posible de verdad esa elección, haciendo que las condiciones sociales, la forma en la que vive la gente, sea suficientemente digna como para poder elegir de verdad, sin pistolas ni pistolos.

Hemos dicho que hay dos matices, pero el segundo es más complejo. En la afirmación de que mi libertad es hacer lo que me dé la gana sin incordiar al resto, hay una visión de los seres humanos como cajitas independientes que van bien si no mezclan su contenido con las otras. Por eso, la cosa de la libertad pareciera ser algo que se desarrolla en cada cual y que no afecta a los demás si se usa bien. Han repetido esto tantas veces que parece muy sensato, pero ya decíamos que los anarquistas somos quisquillosos y críticos, así que vamos a desmenuzar un poquito el tema.

Desde el anarquismo no se considera que se sea libre al nacer. Toma ya. Los bebés no son libres, porque viven pendientes de sus

emociones y apetitos. A duras penas pueden resistir la llamada de sus instintos (y hacen bien, claro, porque de lo contrario no van a sobrevivir). Lloran cuando tienen hambre, o cuando tienen frío o suciedad. Los niños y las niñas, poco a poco, van tomando conciencia de las posibilidades que les ofrece la vida. Pero lo hacen con una mirada que se irá ampliando a través de los años. ¿Cómo se amplía la mirada, las posibilidades de conocer caminos inexplorados, de desarrollar capacidades? Con las demás personas. La libertad es un proceso, diríamos los anarquistas, de construcción social. Con esto quiero decir que la libertad no es solo un concepto abstracto. Es también algo que se crea en el mundo real, según nos vamos relacionando con la gente. Es así, por medio de estas relaciones, como podemos aprender diferentes opciones. Además, es el resto de la gente la que nos proporciona la base para decidir.

Voy a poner un ejemplo, porque me estoy dando cuenta de que esto igual es un poco lioso. Puedes pensar: «a ver, si a mí me gusta ser ingeniera, pues nadie me lo impide. Por lo tanto, puedo decir que soy libre para ser ingeniera». El primer «pero» ya lo he explicado: no eres tan libre si, por ejemplo, no puedes pagarte la Universidad, o si te echan de casa por no pagar la hipoteca (a ver quién se pone a estudiar derivadas o integrales en esa situación). Ahora nos interesa el otro aspecto, el de que la libertad es una construcción social. Pues bien, para que quieras ser ingeniera, lo primero que tiene que ocurrir, lógicamente, es que sepas que eso existe, que alguien te hable de ello, que te señale esa opción. Eso seguramente va a ocurrir, claro. Pero ten en cuenta que no es algo natural, que es algo social. Nadie te va a dar la opción de ser aguadora, de llevar un cántaro de agua traída del río de casa en casa, sencillamente porque en el mun-

do en el que vives, ese oficio no existe. Hasta aquí, parece claro que las opciones que podemos tomar se construyen en medio de eso que llamamos sociedad. Pero también, para que tú puedas ejercer de eso que llamamos ingeniera, deben existir unos conocimientos acumulados, algo a lo que podamos llamar ingeniería. Y eso, como seguro que ya intuyes, es otra construcción social. La sociedad no solo da opciones, sino que las llena de contenidos. Por último, para que puedas optar a ser ingeniera, necesitas un tiempo de estudio, un lugar, unos recursos. Mientras te dedicas al estudio de la resistencia de materiales, por ejemplo, el mundo te va a asegurar que hay alimentos, que el edificio donde estudias está limpio, que sale agua por el grifo y otro sinfín de cosas sin las que no podrías ser nunca ingeniera. Dicho de otra manera: los seres humanos estamos interconectados, dependemos unos de otros, de manera que quien se crea que puede ser libre en solitario, o no ha pensado demasiado sobre ello o miente.

Resumiendo: desde el anarquismo consideramos que la libertad es el valor absoluto, el que funda todo nuestro pensamiento, el que da un objetivo a la acción social. Ser libres (o lo más libres posible) es el único fin que merece la pena. La libertad, para nosotros, debe asegurarse haciendo una sociedad que permita que se ejerza de verdad, no que se escriba en hermosas declaraciones o leyes y solo esté al alcance de quien pueda permitírsela. Y la libertad, para nosotras, es un proceso, algo que se construye contigo, con ese de ahí, con aquella, incluso con quien fue y ya no está, pues nos dejó su aportación a esto que llamamos mundo. Tu libertad no es hacer lo que quieras sin «molestar» a otros. Todas tus decisiones «molestan» a otros, les influyen. Y las de los otros a ti. Por eso, defender la libertad es defenderme a mí mismo, por supuesto, y defender al tiempo a los demás.

LA IGUALDAD

Imagina dos personas que van a hacer una carrera. Una de ellas mide un metro ochenta y cinco, pesa 75 kilos, es todo fibra, músculos. Entrena cinco veces a la semana desde hace dos años. La otra trabaja en una oficina. No tiene tiempo de hacer deporte. Mide un metro sesenta y dos y pesa ochenta y cinco kilos.

Según la idea de igualdad de oportunidades, podríamos dar a las dos personas unas estupendas zapatillas, el mismo atuendo deportivo (ajustado a cada talla, eso sí), ponerlas en la línea de salida y ver qué pasa.

Incluso podríamos complementar esto con la charla de un coach motivacional antes de la carrera, en la que les dijera que todos somos iguales, que si quieres puedes y que la única batalla que se pierde es la que no se empieza. Que recuerden el cuento de la tortuga y la liebre.

Salvo accidente o lesión repentina, el resultado es obvio. Ni liebre ni tortuga, ni discurso motivacional ni zapatillas mágicas. Ganará la carrera la primera persona.

Sin embargo, buena parte de los discursos oficiales hablan de esa igualdad de oportunidades de la misma forma: bastaría poner en la misma línea de salida a todas las personas para que cada cual llegue tan lejos como sus propias capacidades le permiten. Igual el ejemplo de la carrera no te convence. Piensa entonces en la escuela, el instituto o la universidad.

En un lado, alguien cuyos padres tienen estudios universitarios, un trabajo estable y unos ingresos regulares. Llevan a su hija o hijo desde siempre a museos, bibliotecas, talleres extraescolares, etc. Si suspende alguna asignatura, le ayudan personalmente o contratan

un profe particular que va a su casa, a la habitación de la chavala o chaval a darle clases. En el otro lado, alguien cuyos padres se buscan la vida en lo que va saliendo, desde limpiar oficinas a reformas de casas o, de vez en cuando, haciendo la caja en un supermercado. No tienen estudios y cuando el chaval o chavala suspende no pueden ayudarle demasiado. Además, se va necesitando el dinero en casa para echar una mano a los otros dos hermanos pequeños, e incluso falta espacio en casa para organizarse bien. Adivina quién tiene más posibilidades de ir a la universidad. Adivina quién tiene más posibilidades de conocer gente de clase media que pueda ayudarle luego a encontrar empleo (*contactos*, que se llaman). Adivina quién es posible que tenga luego un trabajo estable y unos ingresos regulares. Si no lo adivinas, mira las estadísticas que el propio Estado elabora.

Los dos han empezado en la misma escuela, incluso es posible que uno de ellos haya tenido becas para los libros. ¿Dónde está el fallo? Según la mentalidad que intenta imponerse, el fallo es solo de las personas. Resulta que la muchacha de la casa donde había menos dinero se habrá esforzado menos, será más vaga, estará distraída con sus cosas en lugar de atender... Algo que al muchacho de familia universitaria no le ocurre (no vamos a tener en cuenta que puede que acabe pagándose una universidad privada si no le da la nota, porque eso son detalles sin importancia).

Para el mundo anarquista, el problema no es el individuo. Claro que las personas toman decisiones, a veces acertadas y otras erróneas. Claro que hay personas más esforzadas y otras más relajadas. Incluso hay personalidades más enfocadas a los resultados que otras. Pero de manera global, de forma estructural, que solemos decir, hay un problema. Y ese es un problema social: el injusto y desigual reparto

de la riqueza. De eso es de lo que hablamos cuando defendemos la igualdad. No de la igualdad de situar en la línea de salida a todos al mismo tiempo, sino de evitar que unos afronten la carrera dopados de riqueza mientras los demás creen que si se esfuerzan llegarán a la meta a la vez. En definitiva, hablamos del problema de la propiedad (luego lo desarrollaremos más).

En un mundo en el que el acceso a la propiedad de los medios que pueden generar riqueza está muy restringido, a pesar de la propaganda, la idea de libertad que se publicita constantemente es una memez, como hemos visto en el punto anterior.

Pero ojo, la igualdad de la que estamos hablando no significa que seamos como robots, como clones. Si las experiencias de tipo marxista han intentado uniformar la sociedad hasta convertirlas en ejércitos (da igual la Rusia soviética, la Corea del Norte actual o China), desde el anarquismo se defiende la variedad, la diversidad, la necesidad de que la igualdad económica permita precisamente diferentes tipos de vida de una manera real.

En esa apuesta por diferentes posibilidades de vida, las ideas anarquistas encuentran su defensa de la igualdad en términos de identidad. Es decir, que cada cual sea como desee ser, que cada cual busque su proyecto de vida en pie de igualdad con los demás, a diferencia de la igualdad capitalista, que generalmente se funda en la opresión, defendiendo que cada quien haga su vida incluso en contra de la de las demás.

Hacer compatibles al máximo las ideas y las prácticas de libertad e igualdad es, en resumen, la base de las ideas anarquistas.

Capítulo 3

LA CRÍTICA AL SISTEMA

¿POR QUÉ ANTISISTEMA?

Sí, claro, los anarquistas somos antisistema. Es decir, estamos en contra de este sistema, lo que significa que nos parece un asco la manera en la que está organizado el mundo. Es posible que el apasionante campo de la economía no te seduzca como para dedicar a él horas de estudio y reflexión, pero también es casi seguro que sabes (o intuyes) que el asunto de cómo producimos lo que necesitamos, de cómo repartimos los bienes que hay en una sociedad, qué partes de la naturaleza se pueden comprar, qué importancia tiene el dinero o el tema de la riqueza y la pobreza es bastante importante. A todo esto se le llama *economía*. En el caso que nos ocupa, que es el lugar en que vivimos, economía de mercado, liberal o capitalista (ojo, que las palabras no son inocentes: ahora se dice más a menudo «liberal», porque parece que así tiene que ver más con la libertad, mientras que «capitalista» igual nos recuerda que esto funciona para que unos ricos sigan forrándose a costa de otras personas porque tienen «capital»).

Seguramente no te voy a descubrir nada nuevo si describo el modelo económico de mercado en unas cuantas líneas. Permíteme

que lo haga para poder luego explicar por qué somos antisistema en este aspecto.

Pues bien. El sistema capitalista tiene como base principal el concepto de propiedad privada. Esto es el equivalente a la idea de Dios medieval. Si alguien discute la propiedad privada será tachado de loco, acusado de irreal o de estar al servicio de intereses demoníacos y extranjeros. Si hubiera todavía una Inquisición con sus hogueritas, allá que lo mandarían. Los defensores del sistema dicen que la propiedad privada significa que cualquiera puede comprar un trozo de campo, de playa, de montaña, una fábrica, treinta edificios de una ciudad o todo el petróleo del mundo y usarlo para lo que le dé la gana. Incluso no usarlo, prohibiendo, claro, que los demás lo utilicen.

Esta idea tiene muchas consecuencias y muy importantes, así que analicemos algunas.

Lo primero que a los anarquistas nos chirría es esa defensa de la propiedad privada como si realmente tuviera su origen en que alguien, en condiciones de igualdad, ha pujado como en una subasta por una propiedad y la ha adquirido de manera legítima. Es decir, que cuando se explica que alguien posee más de diez pisos en una gran ciudad (esto es lo que se llama un «gran tenedor») parece que hemos ido él y yo por ahí mirando casas y él ha sido más listo, o le ha interesado más el tema, así que se ha ido comprando viviendas como quien colecciona cartas de Pokémon. Y no, no es así.

Si consultásemos las fuentes históricas, veríamos que el apoyo a las grandes fortunas desde los gobiernos fue lo que puso en marcha este sistema capitalista, que llaman de mercado, pero que sería más propio llamar de «la burguesía». Pregunta a tu profe por las En-

closure Acts inglesas o por las desamortizaciones de bienes propios y comunes de España, por no hablar del enriquecimiento a base de tráfico ilegal de mercancías o de influencias durante el franquismo. Muchas fortunas tuvieron su origen en el expolio de lo común, protegido por las leyes y los jueces y ahora sus herederos se presentan como esforzados trabajadores que han adquirido sus propiedades a base de duro trabajo. De la misma forma, en épocas más recientes, muchas de las familias que acumulan propiedades lo han hecho sirviéndose de triquiñuelas legales para primero aumentar su riqueza (evadiendo impuestos a raudales, por ejemplo) y luego adquirir tales propiedades.

En otros casos, el origen de la riqueza que permite esta acumulación está en unas condiciones familiares bastante favorables. A pesar de que se promociona continuamente la idea de que hay genios que desde un humilde garaje crearon un imperio solo con una Nintendo 64, un amigo fiel y su prodigiosa mente, esto es más bien mitología capitalista. Sin unas familias ya acomodadas (y con una fortuna creada como acabamos de describir), ni hubieran tenido garaje ni una educación exquisita ni unos miles de dólares o euros de papá o mamá para empezar.

Por último, a menudo esas propiedades son fruto de otra de las palabras prohibidas: explotación laboral. Pagar sueldos miserables y mantener jornadas agotadoras con horas extra obligatorias está muy feo. No vale decir que a nadie se le obliga a seguir en un trabajo, porque eso solo lo dicen quienes tienen contactos para cambiar de curro sin problemas (recuerda lo de la maldita pistola).

El caso es que la acumulación de propiedades suele tener su origen en una riqueza que se ha obtenido aprovechando leyes hechas

para favorecer a algunos, orígenes familiares privilegiados o pura y dura práctica cuasi esclavista.

Pero como la leyenda del rico hecho a sí mismo y que asciende por puro talento es más fuerte que este modesto libro, puede que sigas creyendo que sí, que vale, que algunos serán ricos por enchufe o lo que sea, pero qué pasa con los demás, qué manía con la propiedad privada.

Mira, hay otra cosa que a los anarquistas nos parece descabellado: ¿cómo es posible que se pueda comprar y vender aquello que no ha creado el ser humano, que está ahí para todos? ¿Cómo es posible que alguien señale un bosque y diga: «Esta parte es mía, hala»? ¿Cómo puede ser que alguien privatice un campo, una playa? Tendría sentido si se va a producir algo. Es decir, un campo para sembrar patatas tiene una lógica. Esa lógica es el trabajo, que hace que, respecto a una zona de territorio, pueda decirse: *vamos a reservar esto, que no pase por aquí todo el mundo, que me pisáis el sembrao*. Pero eso no es lo que decíamos al principio: la propiedad capitalista no tiene su origen en el trabajo y no necesita del trabajo para que se mantenga, sino un papelito otorgado por la autoridad competente. Y, si llega el caso, jueces, policías y cárceles para defenderla.

Incluso vamos más allá: ¿En qué cabeza cabe que se pueda acumular lo que es necesario para los demás, no dejárselo usar y vivir precisamente de la desgracia de que otros no puedan acceder a ello? Imagina que alguien consigue comprar, por ejemplo, el agua de todos los ríos de un país. Estaría en su derecho, aplicando radicalmente el concepto de propiedad, de dejar morir de sed a todo el que quisiera, mientras llena una piscina para su familia y observa en remojo la

muerte de los demás. ¿De verdad esto es libertad? ¿Puede eso ser un derecho?

La segunda base del sistema capitalista es que esas propiedades se intercambian de forma libre y racional en lo que llaman mercado. La famosa ley de la oferta y la demanda.

Si somos antisistema no es solo porque las bases del sistema sean ilegítimas, pero también lo somos por eso. Si la propiedad no tiene más fundamento que el engaño y la violencia, el mercado libre es una leyenda más falsa que un euro de goma. La tabarra de la oferta y la demanda es pura propaganda. En un mundo en el que se tiran 1 000 millones de toneladas de comida al año para mantener los precios, ¿cómo se puede tener la vergüenza de hablar de oferta y demanda? La demanda se manipula por una propaganda continua y cada vez más invasiva, la oferta se restringe especulando, el mercado se vende hacia las multinacionales, que logran que se aprueben leyes a su favor usando grupos de presión (de los reales, los *lobbies* de verdad, reconocidos, no los que inventa la extrema derecha para señalar a sus enemigos). No hay un sistema de oferta libre y demanda basada en las necesidades o la razón. Y no lo habrá nunca, porque es inevitable que el desequilibrio de riqueza lleve a desequilibrio de poder y, por tanto, a que las ventas y el mercado sean un reflejo de los intereses de quien tiene más poder. No se trata de buscar el santo unicornio del mercado perfecto, sino de denunciar que el santo unicornio no existe. En todo caso, es el caballo de Troya de los ricos para convencernos de que el capitalismo es lo mejor del mundo mundial.

Y decíamos que no solo somos antisistema porque el sistema esté basado en supersticiones y propaganda. También porque sus consecuencias son extremadamente nocivas.

El sistema de mercado tiene como motores dos aspectos fundamentales: añadir cada vez más productos que se puedan vender y comprar y aumentar el número de intercambios comerciales (lo que suelen llamar *crecimiento económico*). Respecto a lo primero, las consecuencias son, como mínimo, dobles. Si el criterio para valorar algo es su disponibilidad para ser vendido, la vida humana se reduce cada vez más a aquello que se pueda medir y comercializar y, como complemento, cada vez se venden y compran más aspectos de la vida. Se aplica el criterio de rentabilidad al conocimiento, a la música, al deporte, a la amistad, al amor, al tiempo «libre». Y se vende y se compra todo: no solo la fuerza de trabajo, sino la intimidad, el sexo, los órganos humanos o el embarazo. Esto genera un mundo cada vez más hostil, donde lo verdaderamente humano se sustituye por humanos de supermercado.

La otra consecuencia es medioambiental. Si concebimos el mundo como un inmenso mercado lleno de recursos, la naturaleza (o lo que queda de ella) será también un recurso más: vendible, comprable y utilizable, como producto o como basurero. Los daños están a la vista y tienen que ver con esa obsesión productiva que marca la forma de pensar derivada del capitalismo.

En cuanto al afán de crecimiento, de una constante llamada a vender y comprar cada vez más, impulsa un comercio que nada tiene que ver con la gente, sino con las demandas de un mercado que, al fin y al cabo, está dominado por las grandes fortunas. Así, encontramos absurdos tan peculiares como que se exporten productos locales a centenares de kilómetros mientras el mismo producto, venido de otro lugar a centenares de kilómetros, hace un recorrido similar para ser vendido en el pueblo de al lado. Y luego dicen que el mercado es

racional. Ese crecimiento se hace, además, a costa de extraer del planeta unos recursos cada vez mayores y cada vez menos disponibles, lo que genera una lógica aplastante, que es mantener a buena parte de los países que originan materias primas en el umbral de la pobreza, para que ese comercio permita el crecimiento continuado de Europa, EEUU o China, entre otros.

En fin, que ni la propiedad privada ni el modelo de intercambio capitalista (eso que llaman «libre mercado») son santos de devoción del anarquismo.

Pero el sistema no es solo economía. También se puede definir por lo político. Y a ver quién critica la democracia. Pues no te creas, que se puede criticar, se puede. Pasen y vean.

PUES NO SOMOS DEMÓCRATAS (O NO DE ESA FORMA)

Si la propiedad privada es intocable, indiscutible, la democracia es el santo grial, la meta a la que aspiraba la humanidad desde las cavernas, aun sin saberlo. El mejor sistema político imaginable. Quien no se califique de demócrata solo puede ser un dictadorzuelo, un tirano. No hay forma concebible de que alguien tenga una propuesta más libre e igualitaria que la democracia. De hecho, ya que estamos, podemos medir el valor de los hechos históricos por su cercanía al modelo democrático, aunque disten de él centenares de años.

A pesar de que todo esto resulta evidente, porque la democracia es claramente un modelo de carácter superior a cualquier otro, hay que ver el esfuerzo que se gasta cada día en propaganda, en persuadir para que todo el mundo lo asuma. Se conoce que la gente es muy ignorante.

Y puede que pienses: «Pero, ¿qué tiene esta gente anarquista contra la democracia? ¿Qué se puede decir contra el sistema en el que el pueblo tiene el poder?»

En efecto, si así fuera, si el pueblo, la gente, decidiese sobre sus vidas, nos callaríamos como un periodista ante las corruptelas de los ricos. Pero la definición no crea la realidad, y por eso es necesario andar convenciendo a la gente de que ella tiene el poder, cuando hasta el más entusiasta de la democracia sabe que, en realidad, pintamos más bien poco.

La democracia en que vivimos se denomina representativa y parlamentaria. Esto quiere decir que por medio del acto simbólico del voto sacrificamos nuestro poder de decisión en el altar de las urnas para que los sacerdotes de la política ejerzan sus dotes de gobernanza en ayuntamientos, diputaciones, parlamentos autonómicos, Congreso y Senado. Toda una red de profesionales de la gestión, organizados en bandas llamadas partidos políticos, que se encargan de lo divino y de lo humano lanzando leyes, normativas y órdenes a troche y moche sobre todos los asuntos imaginables. En nombre del pueblo, eso sí. Todo para el pueblo...

La crítica libertaria a este modelo pasa primero por aquello que decíamos de ni mandar ni obedecer, pero para centrarme en el tema del parlamento y la democracia, te pediré que te fijas en otro par de asuntos. El primero es eso que llaman corrupción. La inmensa cantidad de casos de personas que trincan dinero de las arcas públicas, que favorecen a sus colegas para que obtengan beneficios o que usan sus cargos para medrar miserablemente no es anecdótica, a pesar de lo que pueda aparecer en los medios de comunicación. Y eso teniendo

en cuenta que a los que pillan con las manos en la pasta son, lógicamente, una pequeña parte de la enorme red de chanchulleo.

Desde el anarquismo siempre se ha sospechado que el poder corrompe. Como verás, no es cierto eso que se viene a decir de que los anarquistas pensemos que todo el mundo es bueno. Más bien pensamos que las circunstancias pueden hacer a alguien mejor o peor. Y si ese alguien tiene en sus manos una cuota enorme de poder, junto con la posibilidad de manejar cantidades gigantescas de dinero, y esto durante el tiempo suficiente, es bastante probable que acabe metiendo la zarpa en el bote común.

Y dirás: «bien, de acuerdo, pero para eso están las leyes, para aplicarse». De las leyes hablaremos luego, no te preocupes. El caso es que lo que nos ocupa ahora es el parlamento (o los parlamentos) como lugares de representación de los intereses del pueblo. Y, si alguna vez te fijas, cuando un miembro de un partido, o un partido entero, es acusado de corrupción, en el parlamento correspondiente suele ocurrir que otro partido propone que se investigue, a lo cual suelen negarse el partido acusado y sus aliados de ese momento. No parece que esta actitud responda a los intereses de la gente, sino más bien a los de cada partido político. Cada cual vota, opina, discute y defiende lo que protege mejor a su organización, independientemente de si es justo o perjudicial.

Pero alguien podría pensar que, al fin y al cabo, los partidos son organizaciones que se han presentado a unas elecciones y que representan a los ciudadanos, ya que estos se han tomado la molestia de acercarse a un colegio electoral un domingo y meter el papel en una urna, en lugar de ir a jugar al pádel. Lo del domingo lo admito. Con la de cosas interesantes que se pueden hacer, es un sacrificio

sin igual pasar media hora votando. Héroes de la democracia, desde luego. Concedido este título al ciudadano votante, solo hay que hacer números para que eso de que los partidos representan al pueblo se desmorone.

Para empezar, los partidos son, hoy en día, organizaciones casi vacías. Según las cifras de los propios partidos, que estarán infladas, entre todos pasan a duras penas del millón de afiliados.

Respecto al día de las votaciones, parece que entre un 20 % y un 30 % de los ciudadanos sigue decidiendo, elección tras elección, irse a lo del pádel u otros asuntos el día de las elecciones, porque no votan. Por tanto, si un partido gana por mayoría absoluta (cosa poco frecuente desde hace algunos años), obteniendo el 55 % de los votos dejados en las urnas, ha obtenido el 41 % de los votos de los posibles votos. Resulta que gobierna alguien que no ha sido elegido por 6 de cada diez.

Pero incluso podríamos aceptar que hay mucha gente que ha votado a los partidos que hay en el Parlamento, algo que es cierto. Millones de personas, al fin y al cabo, ponen su papeleta para que gobierne Menganito o Fulanito. Podríamos dejar de lado si todo el mundo vota convencido, si lo hacen porque no salga Zutano, que es el demonio disimulado, o si conoce algo de lo que promete Menganito, más allá de ser de los suyos de toda la vida o más simpático, o más guapo o cae mejor o va a dejarnos aparcando en el centro de la ciudad.

Podemos dejar todo esto de lado y seguir desconfiando de un sistema que se dice representativo, pero en el que, una vez sucedido el simulacro de participación, el ritual del voto, dejamos de pintar algo. Durante 4 años, nada menos, una composición de señores y señoras

que han maniobrado bien en sus partidos políticos van a legislar sobre nuestras vidas. Si no nos gusta, la respuesta es que dentro de 4 años pueden entrar otros si la gente lo quiere. No sé, pero parece falso eso de participar.

Por otro lado, el sistema parlamentario necesita organizarse por medio de partidos. Imagina que no fuera de esa manera. 350 personas tratando de hacer que la gente les vote para que vayan al Congreso. Podría ser divertido verles sudar cada voto, pero resulta que la cosa no es así. Los candidatos a ocupar sillones se agrupan. Lo hacen en partidos políticos.

Es curioso lo poco que se habla del funcionamiento real de esos partidos. Porque, en general, representan bastante bien lo que es realmente la democracia: de puertas para afuera, todo son grandes palabras sobre la libertad, la transparencia y la participación. De puertas para adentro, un nido de víboras en el que los resortes del poder (que se suele llamar «aparato») están en manos de cuatro gatos que hacen y deshacen a su antojo, mandando como dictadorzuelos y poniendo en las listas electorales a quienes más les apoyan, no a los más capaces (si es que hubiera de estos). Así, cuando el feliz votante elige su papeleta, encuentra una lista de nombres que han sabido situarse bien en una estructura organizativa, no a un conjunto de ciudadanos con profundas propuestas sobre la sociedad en la que viven. Es posible que esa sea la causa de que, en general, los políticos elegidos se limiten a leer sus papeles en cualquier debate, escritos por el mismo aparato, con unos sencillos argumentos diseñados por técnicos especialistas y sin aportar una sola neurona al asunto.

En definitiva, la democracia en la que vivimos es un simulacro, una comedia, una imitación. Y lo es porque, una vez elegidos unos

partidos políticos con amplia experiencia en corrupción (o en tapar la de quienes les apoyen), con un funcionamiento interno dictatorial y con unos candidatos puestos en primera fila por su capacidad de adular al líder, las personas de a pie no significamos nada. Nulas posibilidades de intervenir en nuestros asuntos. Y eso, con parlamentos elegidos, como mucho, por la mitad de los votantes. Parlamentos que van a decidir durante 4 años sobre cualquier cosa que nos afecte, abriendo la puerta a la corrupción económica y personal. Desconfiamos del poder y, por tanto, desconfiamos de este sistema.

YA QUE ESTAMOS... CONTRA CASI TODO

Bueno, pues sí. Ya que estamos en el momento de la crítica, vayamos a por todas. Si el anarquismo tiene como objetivo lograr un mundo con la mayor libertad posible en un contexto de igualdad, no se parará ante las instituciones que defiendan el poder, claro. Y de estas hay muchas. Y de esas muchas, algunas también parecen intocables.

Antes de empezar a analizar unas cuantas, recuerda que, desde el poder (o desde las mentalidades afines a él, que viene a ser lo mismo), se intenta convencer al personal de que, en caso de que la gente fuera libre, esto sería una orgía de sangre, descontrol, robos y asaltos (no te olvides, en esa situación, de buscar latas de sopa). Por eso, cuando criticamos alguna de estas instituciones, habría que intentar distinguir la propaganda de la realidad.

No hay que ser muy sagaz para adivinar que la relación entre el anarquismo y la Iglesia (o las iglesias) ha sido más bien tensa, por decirlo de alguna manera. Los anarquistas podemos entender que la gente tenga creencias espirituales, que considere que existe un Dios

omnipotente, o que hay extraterrestres que gobiernan los movimientos de los planetas o un enorme espaguetti que recorre el universo complaciente después de haberlo creado. Allá cada cual, piensan algunos anarquistas, mientras que otros, te voy a ser sincero, opinamos que la creencia en cualquier dios es más bien un freno para la libertad y, por eso, somos francamente ateos (además de que eso de creer en cosas que son indemostrables nos parece un poco arriesgado).

Sea como sea, el tema es que una cosa es creer en un dios es-tupendo, creador, bueno y de color amarillo, por ejemplo, y otra es agruparse, formar una institución, tratar de captar adeptos y, sobre todo, intentar imponer ese dios amarillento y bondadoso a los demás. Y más cuando esto se suele hacer traduciendo para el resto de mortales los mandatos que emanan de la mente divina, ya que el dios en cuestión, a pesar de ser más poderoso que Thanos, no dice ni mu (será tímido o muy modesto). Y, claro, al final es la institución la que se ve obligada a decirle a la gente lo que piensa Dios: lo que hay que comer, cómo se tienen que vestir las mujeres, si se puede divorciar una pareja, cuántas veces hay que inclinarse al día para adorarlo y otra serie de asuntos que, en el caso del espaguetti creador, estoy casi seguro de que le importan un comino y en el de un dios superpoderoso que pudiera existir, me temo que también.

Al final, estas instituciones se han ido conociendo como iglesias y han hecho un flaco favor a la humanidad: han sido el nido del fanatismo, han organizado guerras, han estado casi siempre a favor de la violencia contra los «infieles» (y a menudo contra los propios fieles). Solo hay que echar un vistazo a la historia (y al presente) para comprobar que el mensaje de amor de su dios lo ha debido traducir Google, porque se entiende regulín.

Por lo tanto, desde el anarquismo, a la iglesia, ni agua. Quien quiera creer en dioses, allá se las componga, pero que no dé la lata ni considere que puede imponer a los demás sus normas. Y mucho menos clases en los colegios e institutos sobre su divinidad favorita.

Aunque es cierto que la iglesia, a menudo, ha servido como ayuda para el poder (por aquello de predicar la resignación, por ejemplo. De la iglesia en tiempos de Franco igual mejor no hablar, por poner otro ejemplo), en la sociedad en que vivimos no tiene la importancia que tuvo. Por lo tanto, hay que poner el ojo en otras instituciones, ya que el sistema no solo se mantiene por la economía (que es la finalidad casi única del capitalismo) y por su parlamento, de los que ya hemos hablado.

El sistema se mantiene, como todos los sistemas, por convencimiento. Por adiestramiento, si lo prefieres. Otros lo llaman educación. ¡Ay, la escuela! ¡Menudo sitio para aprender a obedecer! Me da a mí que la escuela, el colegio, el instituto, los conoces de primera mano. Podríamos hablar mucho sobre el papel que tiene la educación para que el sistema se mantenga, pero voy a intentar señalar solo algunas pinceladas para poder seguir luego adelante (y, también es verdad, porque sobre esto ya hicimos un libro en esta editorial, que te vamos a recomendar sin ningún pudor: *Aprendiendo a obedecer. Crítica del sistema de enseñanza*).

El sistema educativo sirve para aprender, dicen. Para aprender aquello que es importante y necesario, dicen. Y es importante y necesario porque lo dice el sistema educativo. Un círculo vicioso estupendo que deja fuera del *conocimiento importante* miles de cosas e incluye no pocos contenidos que, siguiendo la moda, podríamos tildar de adoctrinamiento. Nadie parece preguntarse si la historia de

la humanidad es realmente una sucesión de reyes y batallas; por qué la literatura popular no existe y es fundamental conocer *El sí de las niñas*, que no representa ya nadie en ningún teatro; qué parecido hay entre las asignaturas de Economía y la religión (en este caso, religión de San Mercado y Santa Propiedad Privada) o cómo es posible que las Matemáticas se enseñen tan desconectadas del mundo. Las mujeres no existen en los contenidos educativos salvo para hacer murales para el 8 de marzo; los pobres no existen en los contenidos salvo para hacer de ellos una turba revolucionaria, en el mejor de los casos; las ideas y prácticas alternativas al capitalismo y al Estado no existen, porque todos sabemos que la gente creó por aclamación a los Gobiernos para evitar su ruina y que los campesinos fueron a las fábricas en la Revolución Industrial cantando alegremente para librarse del granizo primaveral que sufrían a la intemperie; la ciencia es un conjunto de fórmulas y unas prácticas de laboratorio de juguete que ya vienen con las respuestas dadas. Y así sucesivamente. Un análisis mínimamente crítico de los contenidos de la escuela no muestra a las peligrosas feministas haciendo la lobotomía a los chavales, como be-rrea la derecha política, sino la omnipresencia del poder justificado y del mercado liberal democrático (con sus matices, claro) como única manera de organizar el mundo.

Tampoco parece nadie plantearse quién ha seleccionado esos contenidos, por qué quienes deben aprenderlos no pintan nada en esa escuela tan democrática a la hora de decidir algo importante o cómo es posible que, gobierne quien gobierne, se siga estudiando más o menos lo mismo (quito un poco de aquí y otro poco de allá, pero lo básico permanece).

Y si lo que se enseña ya tiene detrás un enfoque ideológico, el cómo se enseña es más peculiar aún. Miles de horas escuchando sucesivas charlas se supone que dan un conocimiento exhaustivo que se puede plasmar luego en una hoja durante una hora (a esto lo llaman *examen*). Claro, a las dos semanas, casi nadie recuerda nada. A lo mejor es que el objetivo no era el conocimiento, sino lograr la atención, acostumbrar a la obediencia, a la memorización acrítica como manera de ir tragando con el mundo en el que vivirás sin decidir.

Porque la escuela enseña (o dice enseñar) algunas cosas de manera clara, pero enseña muchas otras de manera sutil. ¿Qué demonios hacen los niños de tres años yendo en filas militares al patio? ¿Se van a perder por el camino en un edificio cerrado? ¿Por qué una persona de 14 o 17 años tiene que pedir permiso para ir al baño? ¿En qué cabeza cabe que cada alumno, que va a adquirir importantes conocimientos, deba rendir cuentas de dónde está en cada momento? ¿Por qué se parecen tanto una escuela y una cárcel? Esto es lo que se llama a veces currículo oculto: la cantidad de cosas que se enseñan en las rutinas de las escuelas. Y lo que se enseña, fundamentalmente, es a obedecer. Por eso el profesorado acaba dedicando casi un tercio de su jornada al control sobre el alumnado, a mandar callar, vigilar pasillos, intentar evitar que los alumnos colaboren entre ellos (lo llaman copiar), poner números al conocimiento o rellenar papeles que reflejen el orden, el control y, en caso contrario, la desobediencia.

Y por eso los anarquistas hemos dedicado desde siempre mucho esfuerzo a la educación, a cambiar el modelo y crear alternativas. Pero eso no aparece en tu libro de texto. Y aquí aparecerá luego, cuando hablemos de la alternativa libertaria. Por ahora, dejemos la educación.

Dejemos que entre en acción el siguiente nivel del sistema. Porque la educación funciona y la mayor parte de la gente sale de la escuela bien formada, con conceptos claros como que la democracia es el menos malo de los sistemas, que el capitalismo es la menos mala de las organizaciones económicas, que el progreso técnico es siempre positivo si se usa con cabeza (y lo dicen desde el poder, que es el responsable de lanzar bombas atómicas ayer y bombas «inteligentes» hoy, entre otras lindezas), que hay que respetar todas las opiniones a no ser que se conviertan en alternativas reales al poder y que la ley es igual para todos. Hala, un programa clarísimo para andar por la vida.

Y, mira tú, que a pesar de todo este intento, a veces las cosas se tuercen. Hay rebeldes. Y hay desesperados. Tienen en común que no acaban de acatar la norma, que se la saltan. Y se encontrarán, por empezar por algún sitio, con la policía.

«¿Pero también os vais a meter con la policía?» Bueno, meter, lo que se dice meter, poco, que somos gente muy respetuosa.

Lo que sí nos gustaría es que desapareciera. O que, mientras tanto, no ocupase tanto espacio. Porque hay que ver lo que sale esta gente en todas partes. En la tele, hay series y películas de policías a todas horas. En las calles, un policía en cada esquina. En los colegios e institutos, policías dando charlas. No sé, parece que nos quisieran convencer de que sin la policía estamos perdidos y de que son nuestros amigos, nos enseñan educación vial, previenen el uso de las drogas y protagonizan historias apasionantes. Prometen una vida de aventura si te unes a ellos. Pues vale. Pero como hemos dicho ya, los anarquistas somos radicales, así que, ante la cierta incomodidad que nos produce andar todo el día vigilados por gente armada hasta

los dientes (y, por cierto, pertrechados como si estuvieran en guerra contra alguien, con esos uniformes y esas botas, que menudas pintas llevan), tratamos de analizar su función principal y los medios por los que la cumplen.

Y la función de la policía, lógicamente, es guardar el orden y la ley, que eso lo sabe cualquier niño de Primaria que haya visto 3 series americanas (bueno, también sabrá que hay otra función, que es hincharse a donuts, pero esa es una misión secreta). El caso es que el orden, lo que podemos llamar orden, no es otra cosa que la ausencia de alteraciones no permitidas, es decir, el hecho de que suceda exactamente lo que el poder quiere que suceda. Por eso, se altera el orden cuando la chavalería se junta para cantar en la calle y no cuando decenas de cochazos de lujo llenan las calles de contaminación. Y la policía, claro, regaña, reprime, pide los papeles y reconviene a los chavales, mientras a los dueños de los coches los mira con deseo (por el coche, claro).

Y de la ley, pues más o menos lo mismo. Las leyes protegen cosas importantes, como la vida, a no ser que el Estado entre en guerra y pueda entonces asesinar a diestro y siniestro (pero con profesionalidad, que de eso se encargan especialistas. Los llaman militares). Y, entre esas cosas importantes, la que motiva detenciones y cárcel (que luego hablamos de ella, claro), es la propiedad. La propiedad o el dinero para acceder a ella. Más concretamente, la falta de propiedad. Por eso, los policías recorren los barrios «más pobres» pidiendo documentaciones sin freno, porque los pobres tienen la mala costumbre de disponer de menos propiedades y, por lo tanto, ser una amenaza para quien las tiene. Y por eso, la policía tiene mayor presencia en las zonas en las que hay migrantes, porque los migrantes, excepto los

que trabajan los fines de semana dando patadas al balón en el Camp Nou y sitios así, tienen la mala costumbre de huir de su país para buscarse la vida, por lo que acostumbran a no estar forrados. Y también por todo eso, la policía tiene la fea costumbre, que esta sí que es fea, de apalear cuando se lo ordenan a quienes quieren una vida un poco más digna, ya sean las limpiadoras de hoteles, los mineros asturianos, los vecinos que no quieren que echen a otro vecino de su casa y cosas así de peligrosas. Todos van contra la ley. O contra el orden.

Ojo, que los anarquistas no queremos decir que todo sea color de rosa y que vayamos a vivir en la armonía paradisíaca si abolimos la propiedad y el Estado y creamos una sociedad más justa y más libre. Claro que habrá problemas. Claro que habrá peligros y gente que sea chungu (por un motivo o por otro). De lo que dudamos es de que un grupo de personas deba entrenarse para espiar, controlar, vigilar y golpear a sus congéneres de manera técnicamente perfecta, haciendo de eso su forma de vida, que eso viene siendo la policía.

Y dudamos, porque el sistema que hay detrás, el denominado sistema judicial, nos parece una filfa, una patraña. Si viajásemos a un país imaginario y viésemos que la mayor parte de los que van a juicio, y casi la totalidad de los que son castigados, son rubios, podríamos pensar dos cosas: en este país los rubios son más malos que un demonio o en este país la justicia tiene algo contra los rubios. Si descubriésemos que los rubios no son malos por naturaleza, que hay rubios de todo tipo, nos preguntaríamos, quizá, qué empuja a esa gente de pelo claro a abalanzarse contra las leyes. O nos preguntaríamos qué empuja a esas leyes a abalanzarse sobre los pobres rubios.

Pues podemos hacer lo mismo con los ricos y los pobres. Los rubios son los pobres, ya te habrás dado cuenta.

O los pobres tienen una maldad de la que carecen los ricos o las leyes les perjudican notablemente, porque pasear por un juzgado es bastante diferente a hacerlo por el puerto deportivo de Ibiza, por decir algún sitio al que no me han invitado aún.

Como parece poco probable encontrar el gen *ilegalista*, quizá es más sencillo pensar en que la ley se ceba con los pobres. Te voy a poner un ejemplo respecto a los tipos de delitos castigados. En el año 2021, hubo 80 000 condenas por robos y hurtos, típico delito contra la propiedad que está al alcance de cualquiera (no lo tomes como sugerencia). Ese mismo año, hubo 83 condenas por malversación, que significa que alguien con acceso al dinero de los impuestos lo usa para su beneficio (o se lo queda o se lo da a algún amiguete, vaya). Los delitos del primer tipo, digamos que de tipo *popular*, multiplican por mil, que se dice pronto, los delitos del segundo tipo, que solo están al alcance de quien tiene algo de poder. Vale que hay mucha más gente normal y corriente que personas cercanas al saco del dinero del país, pero no dejan de ser unas cifras desproporcionadamente dispares.

Si añadimos a esto la intensa labor de la policía como creadora de noticias, la balanza de la justicia se acaba inclinando sospechosamente. En cada telediario o periódico, día tras día se señalan los delitos más dañinos para la sociedad, los peligros inminentes de los que nos tiene que proteger el Estado. Reto: intenta comparar el número de noticias de millonarios que no pagan impuestos, de empresas que se marchan después de haber recibido ingentes subvenciones, de despidos improcedentes, de accidentes laborales por las condiciones lamentables en las que se curra... Compara esto con robos en la calle,

ocupaciones de viviendas o peleas entre jóvenes por diferentes motivos. Resulta que, aunque unos roban a manos llenas la riqueza de un país entero, la información se centra en los otros, en los pobres.

Por eso, sospechamos de la justicia y de sus guardianes armados. Bueno, por eso y por una comprobación que redondea el argumento: las cárceles están llenas de pobres.

Me imagino a alguien, modelo *cuñao*, tirando de estadística: «Hay más pobres en las cárceles, porque hay más pobres en general. También hay más pobres en el fútbol o en los centros comerciales». Pues mira lo que te digo, que voy a estar de acuerdo, sin que sirva de precedente, con el señor *cuñao*. Bueno, de acuerdo en parte. En efecto, hay bastantes más pobres que ricos. Eso es un hecho. Injusto, claro, pero un hecho. Sin embargo, también hay que considerar algo injusto que los pobres pueblen en su casi totalidad los lugares de castigo. No hay más pobres, aunque son más, en el parlamento, por ejemplo. O en las universidades. Ahí la proporción se invierte. Sin embargo, cumpliendo un encierro, la mayoría es abrumadora.

Para empezar, porque, como señalaba antes, los delitos para pobres son muy numerosos. Para seguir, porque, a la hora de defenderse, y esto lo sabe cualquiera con dos dedos de frente, hay que conocer el sistema legal, o tener a alguien que lo conozca. Y en esto, los ricos son expertos. Tienen redes de abogados que maniobran a la perfección para atenuar sus penas; tienen contactos para negociar sus delitos; tienen a los medios de comunicación para transmitir que lo que ellos hacen no supone un peligro social digno de perseguirse, como sí lo es el delito del pobre. En este momento hay una lista de tipos forrados de pasta que deben a Hacienda cientos de miles de euros y andan por ahí tan tranquilos (puede que duerman mal por cargo

de conciencia, eso no lo sé, pero duermen en casa). No quiero que interpretes esto como una llamada a encerrar a los ricos a mansalva, sino como una forma de señalar que el castigo de privar de libertad a una persona se aplica sobre unos delitos más que sobre otros y sobre unas personas más que sobre otras. El sistema legislativo está montado así y no tiene solución, porque, lógicamente, el sistema legislativo se aprueba en unos lugares que están repletos de gente de clase alta y se aplica por unos jueces que no han nacido en medio de la miseria, precisamente.

Claro que no todas las leyes se dirigen de manera descarada contra los pobres. Hay leyes de todo tipo que regulan, cada vez más, todos los comportamientos humanos. El llamado Estado de Derecho, que supone la ley igual para todos, se ha transformado (si es que alguna vez fue otra cosa en la realidad) en la invasión de la ley. Nada se puede hacer sin pasar por el aparato burocrático del Estado, que extiende su control de una forma inimaginable hace apenas 30 años. Hay que pedir permiso para todo, hay que conocer una maraña de normativas, regulaciones, leyes y disposiciones tales que es complicado andar por el mundo sin un asesor jurídico pegado a la espalda si se quiere actuar dentro de la ley. Lógicamente, los anarquistas, conscientes de este entramado, prescindimos a menudo de la ley y actuamos siguiendo los criterios de justicia. Por eso, convocamos manifestaciones sin pedir permiso, ocupamos espacios para denunciar la especulación, actuamos directamente para solucionar conflictos o tratamos de evitar actuaciones que, dentro de su ley, siguen siendo una atrocidad.

Es decir, discutimos al Estado su capacidad para mandar constantemente, entendiendo que hay una guerra soterrada contra las

personas de a pie, contra quienes no tenemos privilegios económicos o sociales, que busca aumentar un poder que ya es desproporcionado y que, en el caso de chocar con otro poder, desemboca en la guerra.

¡Ah, la guerra! ¡Cuánto se escribe a favor de la paz! ¡Cuántas palomas dibujadas en escuelas cada año! ¡Cuántas declaraciones vacías a favor de la convivencia entre pueblos! Y, curiosamente, ninguna menciona el papel de los ejércitos.

Ya hace tiempo que por estas tierras se acabó eso que se llamaba la mili, que suponía la obligación de formar parte del ejército durante un tiempo. Quizá por eso vivimos, la mayor parte de nosotros, de espaldas a la realidad militar, sin hacerle el más mínimo caso, o tragando la publicidad en torno a las tropas como si nada.

Miles de personas de cada país son adiestradas para matar con mayor eficacia. Miles de millones de euros (o dólares, o lo que se estile en cada sitio) son empleados para comprar artefactos que maten más, mejor y de manera más limpia (es decir, a distancia). Eso es un ejército: un nutrido grupo de seres humanos que holgazanea durante la mayor parte de su vida esperando la ocasión para matar a otros, sean parte de otra banda de estas o, más habitual, formen parte de una población. El glorioso ejército español es un resumen de esta historia. Con su tradicional tendencia a los golpes de Estado (en esto, España no tiene el monopolio, pero no va mal en el *ranking*) y a la inutilidad social, ha tenido el mayor lavado de cara que se conoce de cuantas instituciones tenemos por aquí. Poco más o menos que la palabra *ejército* se asocia a la palabra paz, porque todo el mundo sabe que estos muchachotes vestidos de uniforme, armados hasta los dientes (o hasta la cabra, en el caso de la Legión), montados en tanques, barcos con cañones o aviones con misiles, están ahí para fomentar el

diálogo entre civilizaciones y protegernos de la posible invasión de algún país africano.

Por supuesto, los anarquistas nos hemos opuesto a los ejércitos, voluntarios o de mercenarios (ejército profesional, lo llaman), desertando de las guerras, sabotando la industria militar y negándonos a la ampliación de sus recursos. Hemos entendido que el ejército es la culminación de la brutalidad organizada, del machismo de pelo en pecho y bofetones para afianzar la disciplina, del patriotismo chusco y chulesco, de la violencia organizada por quienes tienen más, que nunca van a las trincheras, pero siempre sacan beneficio.

Hasta aquí la crítica. He cuestionado la propiedad privada y el sistema de mercado (de mercadeo, más bien), el sistema electoral y el parlamentarismo, la Iglesia y las religiones, la policía, las leyes y el ejército. Las instituciones que sostienen un sistema basado en la autoridad y la desigualdad.

—¿Y entonces, qué defendéis?, —oigo clamar a quien anda leyendo el libro.

—Defendemos la libertad y la igualdad.

—Ya, pero ¿qué propuesta tenéis?

—Una sociedad detallada al milímetro no te voy a decir, porque no tenemos una bola de cristal para adivinar lo que la gente querrá y la cosa es, precisamente, ir decidiendo entre todas las personas.

—Ya. Entonces, ¿no tenéis alternativa? ¿Solo criticáis?

—No, tampoco es eso. Lo que quiero decirte es que si te dijera: «en la sociedad anarquista, cuando a Fulanita le roben los pantalones que más le gustan, la tabla de castigos será esta». Si te dijera algo así, estaría faltando a un principio anarquista importantísimo: el de que quienes se ven afectados por algo puedan decidir.

—Me da que te estás escaqueando de la pregunta.

—Que no, de verdad. Que en el siguiente capítulo te voy a exponer las líneas principales de la propuesta anarquista. Pero ya te digo que no tiene sentido preguntar si mantendremos los refrescos azucarados cuando llegue esa sociedad libertaria, o si habrá televisión por satélite o partidos de fútbol o *reggaetón*. Eso ya lo decidirá la gente.

—Pues hala, a ver qué son esas líneas principales.

—Vamos allá.

Capítulo 4

LA PROPUESTA SOCIAL

Pensar en mundos diferentes no es tarea fácil. Exponer planes que choquen con la ideología de mercado es francamente complicado. La constante propaganda nos indica que el sistema en que vivimos es el mejor posible. Con sus fallos, pero el mejor. Y, si no, observa el futuro que te proponen en series, películas, libros o cómics. El futuro será un mundo terrible de crisis ecológica. O será una dictadura implacable. O un universo en el que la mitad de la población persigue a la otra mitad muy despacito, pero ansiosa por devorar su cerebro. O, caído el Estado, será una guerra de todos contra todos en la que habrá un exmilitar cruel que dirige un grupo de mercenarios espantosos repletos de armamento, porque eso del armamento, en el futuro, no andará escaso. Cualquiera de estos panoramas tiene seguramente buena intención (probablemente, la de entretener y señalar los riesgos de un colapso ecológico o social), pero cumple una misión también reaccionaria.

Bien está que se nos avise de que el mundo se va al garete si seguimos maltratando el medio ambiente, de que no hay que ceder

ante las posibles dictaduras o de que es mejor no andar todo el día viendo Netflix, que te vuelves zombi (vale, puede que ese no sea el mensaje de las series de no muertos, pero vaya usted a saber qué quieren decir con esa metáfora de los medio vivos).

Sin embargo, también lanzan un mensaje tremendo: cualquier futuro imaginable será peor que el que tenemos. Dando la vuelta al asunto: el presente que tenemos es mejor que lo que pudiera venir si intentásemos un cambio. Es la muerte de la utopía. Su asesinato, más bien.

Resistirse a ese asesinato es necesario. Plantear futuros utópicos resulta un paso imprescindible para pasar de la resistencia ante un mundo injusto hacia la construcción de otro nuevo. No se trata de tener un plano detallado hasta el último rincón de lo que queremos, pero sí de una guía, de unas pinceladas que nos permitan actuar, buscar una meta. Aquí van algunas de ellas.

UNA ECONOMÍA AL SERVICIO DE LA GENTE

Voy a empezar por la parte más árida. Si resumimos mucho, como decía hace unas páginas, hablar de economía es hablar de qué produce una sociedad, cómo lo produce, quién lo produce y cómo se reparte. En el mundo actual, se produce para vender y para que las empresas se expandan (a menudo, invadiendo el mercado con productos innecesarios); se produce a partir de la propiedad privada de la tecnología, el suelo, las fábricas, etc., por medio de la cual los empresarios (o el Estado en el caso de empresas públicas) alquilan a personas para que trabajen. Por eso, a pesar de los machacones discursos que repiten que el empresario es el creador de la riqueza, la producción la hacen los trabajadores, usando herramientas que son

propiedad del patrón, pero que por sí solas no crean ni riqueza ni nada de nada. Por último, la producción se reparte acudiendo al criterio de clase social. Quien acumula más riqueza, tendrá más derecho a seguir acumulándola, ya que dispondrá de dinero para comprarla.

Esta explicación un poco superficial, lo reconozco, nos puede servir para cuestionar el sistema actual y plantear la alternativa libertaria.

Los anarquistas consideramos que una sociedad debe producir aquello que necesita. Es decir, que debe cubrir las necesidades de la población, que debe orientar sus esfuerzos a que cada miembro de la sociedad pueda tener una vida digna. ¿Qué significa eso? Pues que si en una sociedad hay mil personas, habrá que producir por lo menos mil pares de calcetines cada cierto tiempo (cambiarse de calcetines es una necesidad, individual y social), comida para mil personas, casas para albergarlos, etc. Lo que no tendrá sentido es producir comida para ocho mil personas cada día, por ejemplo. O comprar a un país que esté a tres mil kilómetros una fruta de color morado porque resulte atractiva.

Por lo tanto, la primera cuestión que planteamos como alternativa es producir aquello que se necesita. ¿Y cómo sabremos lo que se necesita? Probablemente, igual que ahora, por medio de la estadística. En el capitalismo, las empresas saben de sobra cuánto consume una sociedad, aunque luego haya variaciones. El problema es que también conocen que los ciudadanos se han acostumbrado a consumir más si observan abundancia y variedad. Es decir, si entras a un supermercado y hay ocho tipos de aceitunas, pepinillos y cosas de esas en un estante, metidos en botes con etiquetas de colores, te parecerá un supermercado de mayor calidad que si entras a otro y hay

unas latas grandes sin etiqueta con aceitunas del pueblo de al lado de las que puedes servirte con un cazo. Es curioso, porque en el primer caso es probable que lo que compres tenga peor sabor, sea menos *auténtico* y, además, que nadie acabe comprando las aceitunas rellenas de mango del estante de arriba a la derecha, a pesar de que aportarían una indudable originalidad, pero nos han educado así, a seguir el colorido y la exuberancia del consumo.

Lo que quiero decir con todo esto es que no tiene sentido andar tirando miles de kilos de comida todos los días, como tampoco tiene sentido andar renovando la nevera cada cinco años. Bueno, tiene sentido si el objetivo es vender y ampliar el capital de las empresas, pero si la economía está al servicio de la gente, pues no.

Así que una sociedad anarquista haría más o menos lo que han hecho todas las sociedades precapitalistas: producir lo que se necesita y dedicar el resto de esfuerzos a otras cosas.

¿Cómo se produciría aquello que se necesite? La respuesta rápida es: con la propiedad colectiva de los medios de producción. Respuesta rápida y un poco raruna, si no se sabe qué es eso de los medios de producción.

Los anarquistas creemos que no debería haber propiedad privada, pero eso no significa que no puedas tener tu propio cepillo de dientes o tus zapatillas de estar por casa. Significa que ni el suelo, ni los bosques ni el agua pueden ser privados, nadie los puede comprar, porque nadie los ha creado. Hasta aquí es posible que lo veas claro.

Pero tampoco las ideas, ni las máquinas. Porque nadie las crea en solitario, sino que son fruto de un esfuerzo colectivo. Las ideas no surgen de un tipo encerrado en un cuarto oscuro hasta que se le ocurre algo, sino de ideas precedentes, de las comodidades de que

puede disfrutar mientras anda pensando (por ejemplo, de que alguien haya plantado unas patatas para que esta inventora solitaria pueda tomarse unas bravas mientras descubre el nuevo método de energía sostenible), de la colaboración entre individuos. Con las máquinas y otros inventos ocurre lo mismo: son el fruto de la colaboración y el trabajo de muchísima gente, incluyendo las generaciones anteriores. Pertenecen a la humanidad.

Por eso, una sociedad anarquista se plantea que aquello que se necesita para producir debe de ser de la sociedad. Ojo, no del Estado, que es una institución, sino de la sociedad, de todos. Es evidente que no vamos a ir todos los vecinos de mi barrio a la misma fábrica a trabajar a la vez. Lo pasaríamos fenomenal, pero igual no cabíamos. Por supuesto, una sociedad libertaria necesitaría que haya gente que trabaje de una u otra cosa. Lo que no se plantea es que haya un jefe (o un grupo de jefes) que mande a todas horas y que al final se lleve la mayor parte del beneficio. Es decir, se plantea eso que denominamos *autogestión*, que quiere decir que los trabajadores de un lugar gestionan sus condiciones de trabajo, en lugar de hacerlo un empresario.

Y, claro, si hay centros de trabajo autogestionados que producen determinadas cosas, tendrá que haber una coordinación entre ellos. Lo mismo que ahora hay una coordinación entre empresarios para imponer sus condiciones de trabajo y, al tiempo, imponer condiciones al mercado (ese que dicen que es libre), debería haber una coordinación entre quienes produzcan lechugas, calcetines o ladrillos. Probablemente, mediante algún tipo de organismo cuyos responsables sigan siendo trabajadores y que se vayan alternando en esa labor

de coordinación para poder intercambiar productos, plantear estrategias de producción, mejoras en el proceso, etc.

Este modelo necesita de un cambio de la forma de producir, de la estrategia general. Para empezar, la propuesta anarquista considera importante que la producción se descentralice. Por ejemplo, una ciudad como Madrid consume recursos en cantidad, dado el volumen de población que contiene. Sin embargo, apenas produce nada. ¿De dónde sale el trigo para el pan que comen los madrileños? La Comunidad de Madrid entera produce un 1 % del trigo de España, pero consume una notable cantidad. Y lo mismo sucede con otros productos y en otras ciudades, sean Barcelona o Bilbao. Si a eso añadimos que, dentro de los parámetros del capitalismo, es más eficaz comprar un millón de patatas que plantarlas (o sustituirlas por otro alimento), eso de la economía local queda como eslogan simpático, pero falso.

La apuesta de la economía anarquista es potenciar la producción, hacerlo de manera descentralizada, con formas de trabajo organizadas por sus protagonistas, propiedad colectiva de los medios de producción y coordinación entre centros de producción y ramas de la misma.

Y, una vez producido, hay que repartir. Sobre este asunto, hubo un momento en que los anarquistas debatieron largo y tendido. Sobre la mesa había dos propuestas: para una rama del anarquismo, cada cual debía recibir de forma proporcional a lo que producía. Es decir, quien trabajase más, podría recibir más. Quien trabajase menos, pues menos. De esa forma, explicaban, se evitaba la existencia de parásitos y, además, se garantizaba que los trabajadores eran dueños de la riqueza que generaban.

Otra corriente libertaria defendía que el criterio de reparto no podía ser la cantidad de trabajo. En primer lugar, porque medir eso era tan absurdo como volver al sistema de salario; además, hay una buena parte de la sociedad que no está en condiciones para trabajar, o no de la misma manera (niños, ancianos, enfermos, etc.). Por eso, proponían otra fórmula: que cada cual aporte en forma de trabajo lo que pueda y que cada cual reciba aquello que necesite.

Al final de este largo debate, surgieron quienes defendían que, probablemente, las dos fórmulas se pondrían en práctica, dependiendo de las circunstancias de cada lugar. Aunque era éticamente preferible la segunda, no era de descartar que en las primeras fases de una revolución, o dependiendo de las características de una población, se hicieran experimentos con la primera fórmula, incluso mezclados con la segunda en determinados trabajos o para determinadas personas. De cualquier forma, ambas corrientes coincidieron en que, de ninguna de las maneras, alguien podía ser condenado a carecer de la manera de ganarse la vida, de generar riqueza, de vivir dignamente. Igualito que en el sistema capitalista, mira tú.

LA AUTOGESTIÓN COMO HERRAMIENTA LIBERADORA

He citado ya la palabra autogestión, que para los anarquistas es bastante importante. En el tema económico, supondría dejar en manos de los propios trabajadores las decisiones que afectan a la organización de su centro de trabajo, por ejemplo. Es decir, que a la hora de organizar el horario de entrada o salida, los protocolos de seguridad o los turnos, los trabajadores sustituyan a los técnicos o a los mandos de la empresa para decidir por ellos mismos.

Pero la autogestión es aplicable a otros campos y por eso es una de las alternativas centrales del mundo anarquista.

Como puedes deducir rápidamente, autogestión significa la gestión por parte de los protagonistas de aquellos asuntos que les afectan. Se trata de eliminar de la ecuación a los agentes mediadores, que suelen estar del lado del poder, para organizar y solucionar conflictos.

Imagina una escuela autogestionada. Las decisiones que ahora toma en exclusiva el equipo directivo serían tomadas por la comunidad escolar, con un peso importante del propio alumnado. Horarios, recreos o descansos, regulación de la convivencia, materias, metodologías... Son asuntos en los que a veces la dirección de un centro escolar dice que quiere contar con la participación de los alumnos, pero que, en realidad, lo que suele desear es que aporten detalles sin importancia y acepten lo esencial.

La autogestión recorre el pensamiento libertario como forma de organización y para la resolución de conflictos. Así, la propuesta social anarquista se entiende desde una idea básica, que es que cada grupo social debe tener la autonomía suficiente para decidir qué hacer con aquello que le sea propio. Esto, lógicamente, puede dar origen a diferentes tipos de sociedad, a modelos distintos de convivencia y a lograr algo que supone un reto para el anarquismo desde hace más de 40 años: tratar de destruir el eurocentrismo, es decir, defender que puede haber un tipo de anarquismo vinculado a Europa que podría resultar en estructuras sociales diferentes a las de, por ejemplo, el centro de África o las comunidades del sur de América.

Hasta aquí puede parecer que esto de la autogestión se basa en acuerdos sociales unánimes, en una visión homogénea de cada grupo social, pero no es así. Precisamente, la propuesta autogestionaria li-

bertaria tiene en su base al individuo. El principio del que parte la autogestión es la libertad individual (si bien ejercida en colectivo y con la responsabilidad asociada a ella, como vimos al principio del libro). La posibilidad de determinar cada cual su proyecto de vida, teniendo los medios económicos suficientes para poderlo plasmar de verdad; la necesidad de que los individuos tengan el suficiente margen para no verse aplastados por la colectividad; la posibilidad de que cada persona contribuya a su propia vida desde las decisiones que toma, todo esto distancia la propuesta anarquista del modelo actual, basado en la delegación continua de los más variados asuntos.

Vivimos en un mundo que se enorgullece de ser democrático, es decir, de que el *demos*, el pueblo, es quien toma las decisiones, pero en el que en realidad, la cantidad de cuestiones que resuelven otros por nosotros es abrumadora. No estamos al cargo de buena parte de nuestra vida. No somos responsables de casi nada de lo que nos rodea. Externalizamos las decisiones y las consecuencias, en un proceso en el que los especialistas han ganado el terreno a la libertad. Dicho con ejemplos más claros: nadie toma una sola decisión sobre cómo será su instituto o colegio, sobre si debe de haber un parque o una cancha de baloncesto en el barrio, sobre cómo resolver el problema de las mierdas de perro en las calles, sobre qué tipo de energía podemos usar como sociedad... Da lo mismo que el tema sea personal, local o que alcance a más personas. La forma en que la democracia deja participar es la votación cada cuatro años (que, claro, no se hace pensando en esos asuntos) y la protesta domesticada, que a veces es casi una manera de rogar a los políticos para que cumplan con los deseos de estudiantes, trabajadores, vecinos o habitantes de un territorio y cuyos resultados son siempre inciertos.

El modelo de autogestión social propone, en cambio, la existencia de estructuras de decisión reales, en las que quienes se ven afectados por alguna problemática puedan decidir en común qué hacer y en la que los individuos puedan reflejar sus posiciones y, en caso necesario, desvincularse de las mayorías.

Y por eso también la propuesta libertaria es sustancialmente diferente de las propuestas de izquierda de raíz marxista, que terminan sacrificando al individuo para no perjudicar al Partido, a la Revolución o a la Nueva Sociedad, palabras de gran sonoridad que suelen significar, a nada que rasquemos un poco, los Dirigentes. Las experiencias de socialismo marxista, tanto de gobierno como de organización, han sido extremadamente duras con las personas tomadas como individuos. Es más, desde el propio marxismo se ha teorizado que la defensa del individuo es un resto de liberalismo. Pues vale. Pero la imposición continua de la mayoría, de lo colectivo, de lo general sobre las personas, deriva en totalitarismo.

Sirva pues este marco general de autogestión para seguir introduciendo pinceladas de la propuesta libertaria.

UNA SOCIEDAD FEDERADA EN UNIDADES COORDINADAS

Uno de los argumentos que nos encontramos los anarquistas cada dos por tres para discutir nuestras ideas es el de que una sociedad libertaria tendría sentido en comunidades pequeñas, pero no en las megaciudades actuales, tan pobladas y tan caóticas, tan desarrolladas y tan veloces, en las que la gente ni se conoce ni tiene deseos de participar, sino de que le gestionen sus asuntos.

Esto se suele complementar con la crítica de que, si tenemos una visión global, sería imposible poner en práctica una sociedad como la que defendemos a nivel, ya no planetario, sino de país.

Así en principio, son críticas razonables. Al menos, expresan un argumento, el del tamaño, aplicado a la calidad de las decisiones, a su proceso. Por eso, hay que tratar de responderlas.

En efecto, si concebimos las ciudades y los países como un todo, una sociedad horizontal y libre es imposible. O, al menos, muy compleja. Pero claro, esa concepción está basada en una idea inexistente, en pura imaginación. La realidad es que los problemas de una sociedad son muchas veces de carácter local, las decisiones que se toman se hacen desde espacios más pequeños y la aplicación de soluciones se filtra a través de organismos que conectan con grupos de personas más reducidos. Esto, incluso en el sistema actual.

Pensemos en la educación. Un gobierno del país decide sacar una ley educativa. La aprueba en el parlamento, y dice que va a destinar a ella un dinero concreto, para que pueda desarrollarse. Muy bien. Ahora, cada Comunidad autónoma la desarrolla, añadiendo sus propias leyes para que esa ley acabe en las aulas. Perfecto. Ya tenemos un espacio más pequeño. Pero esa ley debe ser más concreta aún, así que pasa a los inspectores educativos, que son de zonas concretas, para que puedan ir revisando qué problemas da y cómo se aplica. Espacio más reducido aún. Y, como es habitual, cada centro educativo adapta la ley a sus peculiaridades, a sus profesores y, sobre el papel (esto no es tan frecuente), a sus alumnos. Es decir, a 800 o 1 000 personas, si es un colegio o instituto de ciudad. Y, más allá, cada profesor aportará, quitará o matizará lo que considere en su propia aula. Para 30 personas, más o menos.

Desde el diseño que tenían en la cabeza los técnicos del Ministerio de Educación a lo que se acaba haciendo en el instituto de un barrio de Sabadell, la ley ha ido recorriendo filtros que han puesto matices hasta acabar en la pizarra de la clase. Por eso, con la misma ley, cuando dos chavales de institutos diferentes hablan de sus profes y sus asignaturas, encuentran que hay un *parecido de familia*, digamos, pero enormes diferencias de fondo.

Este ejemplo es un caso de decisión vertical, de estructura de poder. Desde arriba se ha lanzado una norma que se ha ido concretando, cambiando un poco, según iba llegando a lo local. Para quienes defienden la autoridad, este camino es un error. La ley, dicen, debería aplicarse por igual, en todo territorio, en todo centro educativo. Pero resulta que eso es imposible, porque las personas existen y tienen sus criterios y porque las realidades sociales existen y tienen sus rasgos.

Lo que el anarquismo propone es un camino inverso. Es decir, partir de la realidad más inmediata para tomar acuerdos e ir uniendo esos acuerdos con quienes estén en una situación similar o con quienes sean afectados por alguna circunstancia parecida, de manera que las decisiones surjan de lo pequeño y, en caso necesario (que no siempre lo será), lleguen a tomarse en un ámbito mayor.

A esto se le suele denominar federalismo. Imaginemos que en una calle hay un problema cualquiera. Por ejemplo, que una epidemia ha afectado a los árboles de la zona y hay que replantarlos. Una asamblea de edificio podría decidir qué turnos y qué voluntarios (o delegados por la propia asamblea) se pueden hacer para cubrir un tramo de la calle. Tras la asamblea, podrían nombrar a una persona para que comparta ese acuerdo con el resto de edificios de su calle, que habría tenido su asamblea también. Si fuera necesario, el acuer-

do de la calle podría ampliarse en una reunión con delegados de otras calles para abarcar un barrio, un pueblo, un distrito... Incluso, en caso de tomarse un acuerdo muy diferente al que originalmente había decidido el edificio, podría volver a llevarse a asamblea para que esta ratificara o matizara el tema.

¿Te parece largo y complejo? Ahora imagina que en tu barrio o pueblo ha sucedido esto. Como es habitual, ni el alcalde pisa tu barrio ni los concejales se han dado cuenta (o no les parece relevante). Pero tú, que eres un vecino concienciado y amante de los árboles y la sombra en verano, decides emprender tu cruzada arbórea. Te plantas en el Ayuntamiento, o en la Junta Municipal, para exponer el problema. Eres el Martin Luther King de los árboles y serás recibido por las altas esferas. Será pan comido, porque tus reivindicaciones son razonables, incluso urgentes, dirías tú. Pero resulta que ese no es el procedimiento. Debes rellenar un impreso en el que se indica **EXPONE** y **SOLICITA**. Bien, es un jarro de agua fría, un pequeño freno al movimiento de regeneración de la flora autóctona, pero nadie dijo que la lucha fuera fácil. Rellenas el impreso y lo dejas en registro, mientras paseas observando de manera acuciante la escasa salud de la verdura local.

Esperas una semana, que es un límite razonable, y vuelves a la carga. Como el funcionariado no sabe darte respuesta sobre si los concejales o el Ayuntamiento han decidido algo sobre tu petición, comienzas un movimiento ciudadano. Implicas a vecinos preocupados por el tema, llamas a los medios de comunicación, organizas una concentración delante de la Junta. Claro, para la concentración necesitas permiso municipal, no vaya a ser que os multen por no comunicar que los vecinos van a reivindicar algo así. Que tú eres rebelde,

pero dentro de los cauces marcados por la ley. Total, que entre pitos y flautas, quince días más para lograr concentraros. De los medios de comunicación no se sabe nada.

Pero como eres un adalid de la naturaleza urbana y tus convicciones resultan magnéticas, la concentración es un éxito. 250 vecinos armados con cacerolas y árboles de cartón *asedian* la sede del poder local al grito de *Queremos arbolado sano y bien cuidado*. Un periódico opuesto al partido del alcalde hace una reseña destacando la polémica gestión del regidor, que acepta reunirse con vosotros y, en directo, os promete revisar el arbolado y diseñar un plan para su recuperación. Ese plan pasa a los técnicos del Ayuntamiento con carácter urgente. «Tienen un mes de plazo para que esté sobre mi mesa», dice el alcalde, angustiado por salir en las noticias por un asunto menor. Y así es. Un mes después, el plan está sobre la mesa, se aprueba en un pleno municipal y en un mes más, tienes a los trabajadores de parques y jardines actuando como salvadores ecológicos.

En total, han pasado al menos tres meses para mejorar el arbolado. Y eso, porque en este relato todo te sale bastante bien, que no es lo habitual. Y eso que, en este relato, las decisiones las toma un señor, el alcalde, no una asamblea. Apuesto a que la asamblea, formada por los vecinos interesados, habría sido más rápida.

Ya sé que se trata de un ejemplo muy local, pero escenifica varias de las cuestiones acerca del federalismo.

Para empezar, el grado de participación en la gestión. El federalismo libertario es la forma de organizar un proceso en que las decisiones se tomen (o se puedan tomar) por el máximo número de personas. Esto no significa que haya que tener una asamblea para cada cosa que suceda en el mundo. Es probable que una asamblea

deje cierto margen de acción para resolver algún asunto a alguien que la propia asamblea haya señalado. También es probable que, de forma espontánea, algunas personas se organicen para dar solución a algo que les afecta, como ocurre también hoy día (la gente se junta sin asamblea ni necesidad de organismos de poder para crear asociaciones, salir a la montaña, jugar a voleibol en las canchas del barrio, celebrar cumpleaños en parques, reparar daños cuando hay catástrofes naturales y un largo etcétera).

Además, las decisiones tomadas de abajo para arriba tienen mayor relación con los intereses y las preocupaciones de quienes están implicados en un asunto. Te voy a poner un ejemplo que estoy viendo ahora mismo por mi ventana, mientras escribo esto. Delante de mi casa hay un aparcamiento para bicicletas. Pero resulta que en mi barrio nadie deja la bicicleta en la calle. Está siempre vacío. Sin embargo, sí hay gente que usa moto y la deja en la calle. Así que, hace unos días, varios moteros dejaron sus vehículos en el aparcamiento para bicis que, como es habitual, no tenía ninguna. Bueno, pues llegaron los guardias municipales y multaron a las motos, e incluso se llevaron dos de ellas. Algunos vecinos les dijeron a los policías que ese aparcamiento no lo usaba nadie y que era mejor que las motos estuvieran allí en lugar de en medio de la acera. Pero la respuesta era siempre la misma: «Este es un parking de bicicletas». Lo pone en la señal. Y, en efecto, en la señal hay una bici. Pero ¿quién ha decidido que ese espacio se use así? Alguien que no pasa por mi barrio jamás. ¿Quién ha decidido que ese parking, varios años vacíos, siga siendo inútil? Pues alguien que manda desde un despacho. Una estructura vertical de decisión, no federalista.

Por último, un proceso federalista no excluye que se puedan tomar decisiones grandes. Solo se trata de ir ampliando el círculo con aquellos grupos de personas que estén interesadas. O con aquellas que se vean afectadas por alguna decisión. Los anarquistas sabemos que hoy en día vivimos en un mundo muy interconectado y por eso defendemos el federalismo, porque lo contrario, la toma de acuerdos desde el poder, deja al planeta en manos de unos pocos, cuyos intereses no suelen coincidir con los nuestros, con los de las personas de a pie.

EL INTERNACIONALISMO

Una de las consecuencias de la propuesta federalista es que el criterio para hacer alianzas no está marcado por el Estado, sino, justamente, por los intereses de las personas. Y eso puede convertir las fronteras en algo inútil. Es más, esa es precisamente la idea.

Para los anarquistas, las fronteras han sido creaciones artificiales mediante las cuales los Estados han logrado un dominio mayor. Identificarse como español, portugués, catalán o sueco como principal rasgo es solo la consecuencia de una educación nacionalista (esa educación incluye la escuela, con el adoctrinamiento sobre símbolos, Historia, instituciones y demás, pero también un sinfín de elementos propagandísticos que aparecen en medios de comunicación y en espacios públicos cada dos por tres, desde las selecciones deportivas hasta los mapas que se utilizan habitualmente). Y esa identificación es curiosa, porque pone por encima el hecho casual de nacer en un espacio geográfico determinado (a menudo, no tan determinado, porque entre Cádiz y Girona, anda que no hay kilómetros) que las condiciones en las que vivimos. Vale que Florentino Pérez y yo compartamos

una inclinación parecida a que nos guste la paella y hablemos el mismo idioma, pero me temo que tengo más que ver con mi vecina que vino de Bolivia y se levanta todos los días a la misma hora que yo que con el emprendedor del ladrillo. Al menos, nuestras vidas se parecen más, ya te lo digo yo.

Esto no significa que los anarquistas despreciemos el sentido de la cultura local, incluso regional, en cuanto a su realidad popular. Es decir, claro que desde el anarquismo se defiende la diversidad de lenguas frente a la imposición de modelos únicos (da lo mismo que sea la imposición del inglés como idioma *imperial* o del francés en el Estado galo). Es más, creemos firmemente que las culturas populares dotan de una diversidad deseable al mundo, que permite precisamente expresar visiones horizontales. Vamos, que frente a la *macdonalización* mundial, la existencia de culturas propias es un estupendo mecanismo de defensa.

Sin embargo, lo que no comprendemos ni asumimos es que, por el hecho de que en mi pueblo hablemos un idioma y tengamos una tradición culinaria diferente al de 200 kilómetros más allá, eso deba significar que tengo que pedir permiso para visitar o para vivir en otro sitio. Lo mismo que los emprendedores actuales han conseguido que sus dineros viajen libres ignorando las fronteras, pretendemos que las personas hagan lo mismo, porque, mira tú, nos da que las personas son más importantes que los dineros.

Ojo, que esto tampoco significa que vaya a haber un planeta unido, en armonía completa y tomando decisiones federativas a troche y moche en una especie de paraíso armónico. Es más que probable que el alcance de los acuerdos sea el que necesiten los diferentes pue-

blos, y eso puede acabar en pactos más bien regionales o alcanzar un espacio mayor. Dependerá de los intereses de las personas.

Lo que sí es evidente para los anarquistas es que la idea de Estado nación es innecesaria. A pesar de la fuerza que ha adquirido desde el siglo XIX, no se trata de una idea natural, es decir, no es genético que me considere alsaciano o maltés, por lo que puede y debe desmontarse. De hecho, la idea de pertenecer a un Estado o una nación es bastante útil a quienes tienen la riqueza para que los pobres se maten por ella en las guerras que organizan esos que tienen el dinero con el pretexto de defender a la patria. Mientras tanto, los ricos practican un internacionalismo muy eficaz, con pactos mundiales entre ellos (véase eso que se llama Fondo Monetario Internacional, por ir a una institución de defensa del mercado pública y todo lo transparente que puedan ser esas cosas). Los ricos no se preguntan dónde han nacido, sino cuánto dinero tienen y qué negocios pueden hacer. Por eso China se lleva tan bien con EEUU, a pesar de ser presumiblemente un país comunista. Los ricos de uno y otro sitio hablan el mismo idioma, el de la pasta, y eso está por encima de las pequeñas consideraciones sobre parlamento o Partido Único.

Esto, que se ve todos los días, es lo que defendemos los anarquistas: dejar de hacer el primo como fanáticos persiguiendo un balón y hacernos con el estadio para pasarlo mejor. Dejar de jalear una bandera que agrupa a quienes nos explotan en el curro o a quienes nos dan palos en la calle y mirar a las personas que están en condiciones parecidas a las nuestras al otro lado de la raya del mapa.

Todo esto, claro, sin perder de vista que a cada cual su pueblo o su barrio le puede parecer maravilloso, lo más bonito del planeta y comparable con el Valhalla; su idioma, el más preciso para expre-

sar poéticas odas a la libertad o los sentimientos más puros; sus costumbres, el no va más de la finura y el decoro elegante; su tradición culinaria, la envidia del paladar más exquisito. Incluso si alguien piensa así, que ya es pensar de un modo peculiar, nada impide que nos deshagamos de las fronteras, conservemos aquello que nos parezca e invitemos al resto de la humanidad a gozar de nuestro privilegiado rincón del mundo. También es posible que en el resto del planeta haya quien piense igual de su pueblo o de su barrio y prefiera seguir allí o venir de visita solamente, que hay gente para todo. Lo que sí parece descabellado es entrar en una pelea para imponer nuestras recetas, idiomas, visiones del paisaje o deportes populares.

LA IDEA DE JUSTICIA

Uno de los terrenos más complicados para hacer una propuesta de sociedad justa y horizontal es el de la propia justicia, entendida esta en el sentido de qué hacer y cómo tratar los delitos, el daño que un individuo o grupo puedan hacer a una comunidad.

Acostumbrados a una forma impuesta de afrontar este problema, es complejo abandonar los esquemas en los que nos han educado y nos siguen educando.

El debate sobre la justicia deriva en algunas ocasiones en reflexiones difusas y en otras en preguntas tan concretas que acaban banalizando el análisis. Para evitar el primer riesgo, intentaré ser lo más claro posible y no *filosofar* demasiado. Para evitar el segundo, antes de nada voy a reconocer algunas cosas que es posible que te preguntes o que te pregunten.

No tengo una respuesta a la pregunta de «¿qué haréis con los violadores en serie y asesinos que roban a ancianas en la ciudad y fuman una cajetilla de nocivo tabaco al día en los parques infantiles?»

No tengo respuesta a esta ni a preguntas similares, claro.

No la tengo por varias razones, pero la principal es que no tengo ni idea de si, llegada una revolución social y un mundo más justo, seguirá habiendo violadores en serie y asesinos de ancianas. Espero que no haya muchos. O, mejor, que no haya ninguno. Pero igual no es así.

Tampoco sé qué mentalidad se generará en cada una de las posibles formas que adopte una sociedad libertaria, ni qué cultura propia tendrá, ni qué frecuencia o alcance tendrán estos hechos, en el caso de suceder. Es decir, no se puede responder a qué hará una gente que todavía no existe ante algo que aún no ha sucedido.

Y, por último, la pregunta está un poco mal formulada, perdona que te diga. Eso de «¿qué haréis?» suena a que los anarquistas nos presentamos a unas elecciones y vamos lanzar medidas para el caso en que ganemos. Parece que serían *nuestras medidas* y que las pondríamos en práctica nosotros. Como he venido repitiendo en lo que llevamos de libro, la idea es que haya una sociedad libre e igualitaria, donde el poder quede reducido al mínimo y las personas puedan decidir sobre sus vidas. Esto parece bastante incompatible con exponer lo que haremos en tal o cual circunstancia, como si fuese un programa electoral.

Aun así, no voy a escurrir el bulto. Voy a hablarte de lo que consideramos justicia los anarquistas. De cómo pensamos sobre los delitos, de quién administra la justicia, de cómo se puede administrar. Voy a contarte qué ideas comunes tenemos los anarquistas,

que serían como la guía para luego tomar las decisiones concretas, que serán variadas, como siempre que existe libertad.

Empecemos por el concepto de delito. Un delito es aquello que incumple una ley. Por lo tanto, en las sociedades como la nuestra las leyes delimitan lo que puede llamarse delito y lo que no. Comportamientos que no eran considerados así hace un tiempo sí que lo son ahora, y algunos que eran delito han dejado de serlo.

Pongamos un ejemplo: desde 1942 hasta 1978, fue un delito en España el adulterio, esto es, era culpable *una mujer casada que yace con varón que no sea su marido*. Entre 1932 y 1942 no había sido delito. También era culpable el varón que yaciera con esa mujer casada, pero solo si sabía que la señora había pasado por el altar (ya que el matrimonio era también asunto religioso). El caso es que este ejemplo nos sirve para centrar la idea de que un delito lo es si la legislación así lo delimita. Esto, que parece una simpleza, a veces no está tan claro y existe un buen número de personas que argumenta sobre los delitos como si fueran entidades al margen de la creación humana, algo absoluto, como las leyes de la gravedad o la existencia del oxígeno. Quedémonos entonces con que lo castigable para una sociedad es algo que puede variar.

En el mundo en que vivimos, democrático y de mercado, existen delitos que representan el modelo social (en realidad existen centenares de delitos, ya que la legislación cambia que es una barbaridad), que son como un resumen de las aspiraciones que se pueden tener en este mundo, solo que llevadas a cabo por caminos que, de momento, se rechazan.

Así, el blanqueo de capitales solo es concebible en un mundo donde el capital existe y hay una serie de personas que lo acumulan

hasta el punto de poder ocultar a los recaudadores de impuestos sus riquezas; lo mismo ocurre con buena parte de los robos, la prevaricación, el tráfico de influencias, la malversación de dinero público o los delitos contra la propiedad intelectual. Todos son fruto de un modelo social que se defiende mediante leyes y tipifica como hechos castigables aquellos que, o se derivan de las posibilidades del sistema (como andar regalando dinero a constructoras si eres alcalde) o atentan de alguna forma contra el pilar de la sociedad, la propiedad.

Para los anarquistas, el concepto de delito, por lo tanto, tiene un primer origen en el poder, en quienes tienen la capacidad de definir lo que este es. Como el análisis del poder que realizamos ya lo has ido viendo, entendemos que habría que cambiar el enfoque. ¿Cómo? Tratando de desplazar ese origen de la definición y considerar como *delito* (valga la palabra, con la que la mayoría de mis compañeros no estarían de acuerdo, todo sea dicho) a aquello que produce un daño a la sociedad, a la comunidad o a un individuo.

Además, si el delito lo pueden crear los legisladores para defender un modelo social, habría que examinar también cómo ese delito procede de las propias condiciones de la sociedad. En un mundo en el que sin dinero no se va casi a ningún sitio, la búsqueda de este por cualquier medio va a ser un motor del comportamiento humano, sea para lograr unas mínimas condiciones de vida o sea para mejorar esas condiciones y mantener un estatus privilegiado. Es decir, una parte considerable de lo que ahora son delitos, desde el robo hasta el tráfico de drogas, se produce por la existencia de una única vía para sobrevivir: lograr dinero.

Nadie atracaría un almacén de comida si sabe que la tiene garantizada. Y, aunque pensara que puede hacer algo con la comida

que robe, nadie lo atracaría si el resto de la sociedad también la tuviera garantizada. ¿Qué ibas a hacer con 30 kilos de naranjas cuando cualquiera las puede conseguir?

Nadie se jugaría la libertad ocultando en su cuerpo bolas de cocaína si no necesitase el dinero que produce.

Cambiar las condiciones sociales cambia las posibilidades del daño social. Una parte considerable de ese daño viene dado por necesidades que no están cubiertas. Necesidades materiales, como la comida, la casa, el vestir...

Por lo tanto, la segunda propuesta anarquista sería complementaria con la primera. Si sustituimos *delito* por *daño social*, debemos aproximarnos a una sociedad en la que ese daño no se produzca como fruto de la injusticia, del reparto desigual de la riqueza y el poder. De esta forma, podemos ir descartando aquellos castigos que se dan como consecuencia de lo que la propia sociedad ha creado (Aviso: te encontrarás con alguien que te diga que eso del origen social no es cierto porque, según sus argumentos, también hay gente pobre que no comete delitos. Otra vez el rollo de la pistola en la cabeza, la libertad de obedecer a la ley y de conformarse siendo pobre pero honrado...).

Pero tu astucia lectora te reconcome y estás pensando:

«Vale, hay delitos que son cosas del capitalismo o de algo parecido. Pero hay otros que no. ¿Qué pasa con las violaciones, que se han dado durante toda la historia? ¿En una sociedad anarquista acaso no habrá ninguna pelea que acabe con heridos o muertos? ¿De qué vas, que nos propones un mundo de unicornios de colores que vuelan felices por el brillante cielo de un planeta feliz?»

Calma, calma. No te enciendas, que no voy por ahí. Solo he dicho que buena parte de la gente que está en prisión lo está precisamente por delitos que son consecuencia del mundo en el que vivimos. No he afirmado, ni lo voy a hacer, que no vaya a haber daños sociales en un mundo libertario, claro que no.

Por lo tanto, tampoco he afirmado que no habrá normas en una sociedad libertaria ni que en ningún momento haya que revisar si se cumplen o si individuos o colectivos, de manera sistemática o puntual, atentan contra la comunidad o contra otros individuos. Vamos, que es posible (casi seguro) que haya tensiones, peleas o cosas así. Menos que en las series distópicas, probablemente, pero habrá.

En las sociedades como la nuestra, las instituciones encargadas de valorar el incumplimiento de las normas, las instituciones judiciales, son jerárquicas, punitivas y especializadas. Esto significa: no tienen ninguna relación con quien sufre el daño, se dedican fundamentalmente al castigo (no a la justicia) y solo puede formar parte de ellas quien hable su jerga y conozca los laberintos legislativos, acreditándolo por medio de una titulación (exceptuando los jurados populares que, a pesar de su nombre, no son populares, puesto que no surgen del pueblo, sino que son nombrados a la fuerza por el poder y además son muy poco habituales).

Para una sociedad libertaria, la necesidad de resolver los problemas de manera horizontal pondría en manos de los implicados el protagonismo del proceso, aunque podrían adoptarse diferentes fórmulas para mediar o tomar decisiones de forma asamblearia, desde una comisión para algún caso concreto hasta la creación de asambleas rotativas para la solución de conflictos en general. La manera concreta de organizar esto dependerá de las características de cada sociedad,

pero el establecimiento de un grupo de personas que se dedican a juzgar y castigar en exclusiva durante toda su vida no parece acorde a una sociedad libre e igualitaria.

Y nada de esto tiene sentido si no se dispone de una idea de justicia diferente. En el modelo actual, a pesar de lo que dicen las leyes más importantes, el comportamiento de la justicia es de puro castigo, de venganza. Aunque el sistema judicial tenga como objetivo reintegrar a quienes cometan un daño en la sociedad, ¿qué reintegración se puede ofrecer a quien no tiene forma de ganarse la vida, después de pasar cuatro años encerrado en una cárcel? Pues ninguna.

Para los anarquistas, una vez que se produce un daño, hay que buscar la manera de repararlo, de resarcir a quien lo ha sufrido, bien restaurando los daños materiales, bien compensando el sufrimiento personal y, sobre todo, reequilibrando la convivencia de la forma más eficaz posible. Esto implica un cambio de percepción. Yo no quiero que te castiguen si me haces un mal. Quiero que me repongas lo roto, que me devuelvas lo perdido, que se me ayude a recuperar la confianza y la seguridad (entre ellas, la seguridad de que sea poco probable que vuelva a suceder lo mismo).

De poco me ayudaría que, si has entrado en mi casa y destrozado la mesa de mi comedor te encerraran en una jaula durante dos meses o te hicieran pagar dinero al sistema. Lo que necesito es que me repares la mesa, tú o alguien. Que sepa que no vas a entrar en mi casa sin permiso a romper nada más, o que crea que va a ser así. Claro, si fuera una película americana, con pegarte dos tiros me garantizo que no me vas a intranquilizar más, pero no parece que eso genere una sociedad muy sana, e igual es un tanto desproporcionado. Sin embargo, saber cómo y por qué has llegado a entrar en mi casa puede ayudar a que

no lo vuelvas a hacer. E incluso a que no lo haga otra persona. Por supuesto, hacerte responsable del daño material y del dolor es una vía para restaurar ese daño.

«¡Eh, te estás poniendo cursi! ¿Qué es eso de que alguien te hace algo malo y al día siguiente te lo está reparando? ¿Qué te crees que es esto, el cole? ¿Como cuando éramos pequeños y nos peleábamos y la profe nos decía que pidiéramos perdón y lo hacíamos y al rato estábamos jugando otra vez? ¡Venga ya!»

Uf, vaya carácter tienes en este capítulo. Lo entiendo, porque vivimos tiempos en los que el neofascismo anda de subidón y el tema de la seguridad altera a muchas personas. Pero como esto es un libro, podemos hablarlo tranquilamente (de acuerdo, en realidad no lo hablamos, hablo yo y tú ya verás lo que piensas al leer).

No estoy diciendo que la justicia restaurativa sea inmediata. Tampoco lo es la justicia actual. No estoy diciendo que sea sencilla. Tampoco lo es la actual, con la maraña de instituciones y recursos empleados en el sistema penal. Tampoco estoy diciendo que vaya a funcionar siempre. Pero piensa una cosa. Lo más grave que te puede pasar, sin duda, es perder la vida. Mejor dicho, que te la quiten. La tuya o la de alguien muy cercano. No hay nada más importante. Sin vida, todo lo demás es absurdo, claro. Y resulta que en los últimos años (décadas) hemos asistido a procesos de justicia restaurativa, de diálogo, entre víctimas y exmiembros de bandas armadas. Gente que perteneció a ETA o al IRA se ha reunido con familiares de personas que fueron asesinadas por ellos. Y, generalmente, se han entendido. Lentamente. Al principio, desde el lógico rencor de las víctimas. Pero, curiosamente, la sensación que estas tienen al terminar el proceso de diálogo es de una paz mayor que la que tenían cuando esos mili-

tantes de organizaciones armadas estaban en la cárcel. Si esto se ha logrado, es posible que se consiguiera para cuestiones menores.

Lo cual no quita para que una sociedad pueda adoptar las medidas que considere oportunas. Dado lo importante que es para los anarquistas la libertad, sería de extrañar admitir cárceles que, por cierto, son un invento humano que ni ha existido siempre ni en todas partes. Lo que sí han existido son medidas para apartar a alguien de la sociedad a la que ha hecho daño. Un pensador clásico anarquista defendía esa medida, dar a alguien los medios para que pudiera sobrevivir, pero que tuviera que hacerlo en otro lugar, lejos de las víctimas del daño, al menos durante un tiempo. Es una posibilidad.

No es momento para hacer un catálogo de posibles medidas, ya que no somos la sociedad de ese futuro que andamos bosquejando.

Sí lo es para resumir el concepto de justicia: una sociedad que cree las condiciones para que el daño que se produzca no esté en la desigualdad debe reaccionar dejando la responsabilidad al cargo de la propia sociedad, bien por procesos de mediación, bien de carácter asambleario, con la finalidad de restaurar ese daño social, ayudando a la víctima a recuperar lo perdido, material y emocionalmente.

LA RELACIÓN CON LA NATURALEZA

Ya desde sus inicios, el anarquismo mantuvo la necesidad de tener una relación con la naturaleza diferente a la de la sociedad industrial.

Para el mundo liberal, la naturaleza es un recurso, una fuente de riquezas, una herramienta para lograr objetivos. Esto deriva en posiciones diferentes, desde quienes la maltratan sistemáticamente, como si se tratase de un banco de riqueza inagotable (o, al menos,

que no se agotará mientras uno viva, sino en un futuro lejano que no importa) hasta quienes defienden seguir su expolio con cierta cautela, no vaya a ser que se mate a la gallina de los huevos de oro.

En todo caso, percibir a la naturaleza como una enorme granja, un almacén de materias primas o un sembrado gigante es propio de una mentalidad, la de mercado, que ha evolucionado poco a este respecto desde que se pusieran sus bases allá por el siglo XIX.

Los anarquistas nos consideramos, como es lógico, una parte de la naturaleza. Esto, que es una obviedad (no somos robots, al menos aún, luego somos seres naturales), parece olvidarse cuando se habla de ser humano y mundo natural como dos elementos distintos. Claro que entendemos que la capacidad del ser humano para crear ambientes artificiales, para modificar el medio hasta hacerlo irreconocible, es extraordinaria (fuera de lo ordinario, no necesariamente positiva), pero el sustrato de la vida no deja de ser la naturaleza.

También sabemos que la naturaleza es el origen de nuestras posibilidades de supervivencia y que eso implica que nuestras necesidades más básicas se cubren partiendo de ella, desde el alimento hasta la materia que posibilita que tengamos una casa.

Sin embargo, a diferencia del mundo liberal, en general, desde el anarquismo se preferiría renunciar al consumo excesivo y mantener un medio ambiente con menos modificaciones. Esto es porque para muchos anarquistas el ser humano no es la cúspide de ninguna creación, el elemento más importante y al que tiene que supeditarse la vida en el planeta, sino una especie más, con una responsabilidad probablemente mayor en frenar sus desmanes y con la necesidad de saberse parte de un ecosistema sin el cual el deterioro del propio ser humano será notable.

Conservar el mayor número de bosques, de especies, de ríos y mares; despejar de la acción humana zonas en las que la vida salvaje se pueda desarrollar sin nuestra intervención; oponerse drásticamente a la urbanización total del territorio, a la invasión urbanística de las costas, a la destrucción de marismas, al absurdo de convertir las montañas en una pista deportiva masificada. Defender la diversidad natural ha costado a muchos anarquistas enfrentamientos muy duros y, en algunos casos, penas de prisión. Pero es esa precisamente la propuesta anarquista. No se trata (al menos, no para un inmenso número de anarquistas) de volver a vivir en chozas pequeñas ubicadas cerca de los ríos, pero sí de dejar de priorizar los intereses del capital y poner delante, no esos intereses, sino la importancia del medio natural.

En las últimas décadas, además, nos hemos podido alimentar con aportaciones no europeas, ya que el anarquismo se ha relacionado con los llamados pueblos originarios, cuya relación con lo natural es más cercana y, sobre todo, posee unas dimensiones mucho más profundas que las de urbanitas de Nueva York o Sevilla. Probablemente, haya aspectos espirituales que no lleguemos a compartir (si quieres que te diga la verdad, no es precisamente eso lo que me interesa), pero sí una forma ecológica de concebir la vida, de entender que todo en el planeta está relacionado, de volver luego, incluso, a nuestra visión científica evolucionista con otra mirada que integre lo conocido sobre los cambios en la naturaleza con una nueva posición de lo humano en la misma.

Es cierto que habiendo un sentir general en el anarquismo de la necesidad de defender los territorios y el medio ambiente existen divergencias en torno a algunos conceptos. Hay una parte significativa

del anarquismo que ha evolucionado hasta posiciones que reconocen en los animales no humanos organismos con iguales derechos a los nuestros y que definen como *especismo* el comportamiento humano que tiende a despreciar y utilizar, incluso por medio de la muerte, a otros animales.

Por eso, el vegetarianismo y el veganismo están bastante extendidos en el mundo libertario. No consumir productos derivados de los animales es un estándar ético que responde a esa visión de la naturaleza en la que los seres humanos somos sencillamente un animal más, probablemente uno de los que la evolución extinguirá en algún momento. Mientras tanto, sacrificar el entorno a nuestro capricho de consumo no resulta ético, y la ética es importante para los anarquistas.

Curiosamente, la ciencia ha ido dando la razón a las posiciones anarquistas respecto a la naturaleza. Cada vez más, se investiga a los animales, su comportamiento y su mundo interior con otro enfoque menos centrado en el ser humano como rey del universo y se descubren elementos que nos dejan menos margen para enorgullecernos de nuestras diferencias. Animales que sueñan, que tienen conciencia, que sienten dolor por otros, que aprenden e inventan soluciones a los problemas que les genera el entorno...

Sin necesidad de convertirlos en seres antropomórficos, se abandona poco a poco el extremo de considerarlos casi como máquinas. También se van estableciendo conclusiones sobre la acción humana contra el medio, derivada de una visión productivista relacionada tanto con el capitalismo democrático como con el capitalismo de partido único (véase China, por ejemplo).

Claro que el ecologismo anarquista, si puede llamarse así, no puede desvincularse de todo lo que hemos venido viendo hasta ahora. La posibilidad de privatizar el mundo para convertirlo en una herramienta de enriquecimiento hace imposible una relación sana con la naturaleza. Es decir, si seguimos manteniendo la idea de que los árboles, los animales o los ríos están aquí para satisfacer nuestros deseos y darnos dinero, lo que podremos poner en el camino de la destrucción de la naturaleza serán piedras, para que esta avance más despacito, pero seguirá avanzando, sin duda.

EL FEMINISMO

Por supuesto, el anarquismo es feminista. Partiendo de la simple idea de considerar que los seres humanos son iguales (iguales en el sentido de ser humanos, no de parecernos todos a Beyoncé, por ejemplo) y deben ser libres, analizar la historia humana o la sociedad en que vivimos sin poner atención a la situación de las mujeres sería un despropósito.

Desarrollar el ideario completo del feminismo anarquista daría para otro libro, como mínimo, ya que desde el comienzo de las ideas libertarias ha sido un tema importante que, como es de prever, se ha ido afinando en las últimas décadas por parte de numerosas compañeras. Sin embargo, intentaré un esbozo, que es, en definitiva, lo que pretende este modesto texto.

Para el anarquismo, las mujeres han sufrido (y sufren) una doble situación injusta. Como trabajadoras y, propiamente, como mujeres. Para concretar un poco esta injusticia, podríamos hablar de una opresión económica, una opresión social y una opresión individual.

Hemos hablado de economía en anteriores capítulos. Incluso hemos hablado de esclavitud. Pero debemos destacar que el sostenimiento del capitalismo no es posible sin el aprovechamiento del trabajo femenino como mano de obra gratuita. Las tareas asociadas al mundo femenino han sido despreciadas o ninguneadas. Por supuesto, lo ha sido el cuidado de los niños o de los ancianos, sin el cual los varones de clase obrera no hubieran podido dedicarse a las fábricas durante horas y horas, aumentando la riqueza de la burguesía y desarrollando el capitalismo (por cierto, fábricas a las que también acudían las mujeres). También el mantenimiento de las condiciones de vida en la casa, desde la economía familiar hasta la limpieza y el cocinado (bueno, lo de guisar fue ninguneado hasta que llegaron unos señores muy finos, dijeron que eran restauradores, y convirtieron lo que venía siendo cocinar en un arte. Un arte de señores, fundamentalmente).

Las mujeres han puesto, en este sentido, la estructura para que el sistema pudiera funcionar y llamar economía a todo lo demás. A lo que los varones hacían.

Además, no hay que olvidar que las mujeres han trabajado desde siempre en eso que los economistas consideran el sistema productivo, sea en la agricultura o en la manufactura. A pesar de ello, han sido ignoradas, en lo que algunas autoras denominan, con precisión, violencia epistémica (epistémica quiere decir relacionada con el conocimiento). Aun hoy, los trabajos asociados a los roles de la mujer reciben menos prestigio social y, claro, menos salario. Maestras, enfermeras, cuidadoras, limpiadoras, cajeras, dependientas... son oficios feminizados (es decir, ocupados en su mayoría por mujeres) que, en comparación con otros masculinizados (ocupados en su mayoría por

hombres), reciben el desprecio social y económico. Se puede escuchar: «Vas a acabar de cajera de supermercado», como el equivalente del antiguo «Vas a ir al infierno», pero raramente «Vas a acabar de guarda jurado en el Metro», a pesar de que andar por ahí con una porra vigilando tornos de entrada sea menos gratificante que ayudar a la gente con sus compras.

Volvería al tema de la dichosa pistola en la cabeza, a aquello de que las mujeres eligen libremente sus oficios y si les gusta más ser maestras que dirigentes de multinacionales, será porque ejercen su libertad. Volvería a este argumento del liberalismo si no fuera porque estoy en la parte de las propuestas. Y porque te considero con la suficiente mollera como para, a estas alturas, desconfiar del argumento de la libertad de elección cuando la estadística demuestra de forma contundente que es totalmente engañoso (sería una casualidad muy sorprendente que un grupo muy amplio tomase una decisión por abrumadora mayoría solo por capricho; por ejemplo, es una improbable carambola que a las mujeres les guste más ser maestras de niños de 3 años que arquitectas, sin que haya otros condicionantes).

Hay quienes han señalado que la opresión económica de las mujeres dentro del capitalismo tiene además una base fundamentalmente cruel: la incompatibilidad de un sistema irracional de producción con la maternidad. Una de las diferencias básicas entre hombres y mujeres es la capacidad de dar a luz y de alimentar con su propio cuerpo al recién nacido. Esto hace que para cumplir la función de reproducción haya un tiempo dedicado a la misma, desde el embarazo hasta los primeros meses, como mínimo, de la nueva criatura. Lo que es un hecho necesario el capitalismo lo ha convertido en una

sospecha de falta de productividad, de inconstancia y de castigo en el ámbito laboral.

«¿Pero qué estás diciendo? ¿Que las mujeres tienen que ser madres y por eso no son eficaces en el trabajo? ¿Serás señor?»

Vale. A ver si me explico mejor. Estoy diciendo que las mujeres deben poder elegir si quieren ser madres o no. Y que, en el caso de que quieran, van a ser ellas las que se queden embarazadas, las que estén de parto y las que den de mamar. Y estoy diciendo que, en el modelo productivo actual, eso se penaliza. En primer lugar, porque se selecciona a los tíos para puestos en los que se cobra más entendiendo que no se van a dar de baja por riesgo en el embarazo ni por maternidad (otra cosa es que tengan un permiso de meses, que hoy en día con lo del teletrabajo se puede forzar a que no se use de verdad y nadie se entere). En segundo lugar, porque las empresas presionan a las mujeres de forma directa o indirecta para que no sean madres (insisto: debería tratarse de una elección, no hablo de que la maternidad sea lo que dé sentido a la vida de la mujer o de que sea su destino o bobadas así). Y en tercer lugar, porque una vez que una mujer es madre, es bastante habitual que interrumpa su trayectoria profesional, dedicándose en buena medida al cuidado de los niños.

Por eso, la propuesta libertaria quiere poner en el centro de la economía las necesidades de las personas, especialmente de las mujeres. Es mucho más importante el desarrollo de la comunidad que la producción masiva de bienes que no sirven de nada y contribuyen al deterioro del planeta por su coste de energía y de materias primas. Y, sobre todo, es muchísimo más necesario compartir un proyecto en el que las mujeres sean tan protagonistas como los hombres que uno en el que el capital marque cómo debe ser su vida.

«Vale. Pero una parte de esto, que es lo de que las mujeres cuiden a los bebés, no es culpa de la economía, sino de la sociedad, que es machista».

Pues en cierto modo tienes razón, creo. El caso es que, desde el anarquismo, se defiende que este sistema de borrado y de explotación de la mujer, que suele conocerse como patriarcado, debe ser sustituido por un tipo de sociedad en la que hombres y mujeres no solo se ganen la vida como les dé la gana, sino que puedan prescindir de ejercer el papel que les otorgue la sociedad, de eso que suele llamarse, desde hace varias décadas, género.

Así, ya desde los inicios de las ideas anarquistas, hubo corrientes que defendieron acabar con el papel social atribuido a la mujer, de esposa, hija y obediente al varón. Por eso, el anarquismo realizó no solamente una crítica económica, sino una crítica a las instituciones sociales de la época, que pueden entenderse hoy también como puntales del patriarcado. Entre ellas, la familia, que durante mucho tiempo ha sido (y lo sigue siendo, en buena parte) el pulmón de la dominación masculina. Frente a esa idea de familia en la que el padre ejerce su poder (pero no da ni chapa en casa, eso sí), el anarquismo defendió y defiende el amor libre, la unión de personas por el mero hecho de quererse, sin necesidad de papeles y de manera igualitaria.

Lo mismo sucede con la construcción social de lo que debe ser una mujer. El anarquismo tiene una visión del ser humano en relación con la sociedad que se puede resumir en que buena parte de lo que somos es responsabilidad de nuestro entorno. Desde una óptica feminista, esto quiere decir que las niñas son educadas para que les gusten los trabajos dedicados a cuidar, para que sean discretas y modosas, que vivan su sexualidad con disimulo, para que no estor-

ben demasiado. Mira el patio de tu instituto. 15 chicos jugando al fútbol ocupan más espacio que 30 chicas, que no pueden pisar esa zona. No es que los chicos tengan un plan de dominio preparado a través de un grupo de WhatsApp, es que se les educa así, para que entiendan que lo normal es que ellos ocupen el espacio físico (y el simbólico también, es decir, el de hacer más ruido, hablar más, tener protagonismo). Y a las chicas se las educa para que lo acepten.

Vale. Que te gusta jugar al fútbol, chaval (en el caso de que seas un chico). Esto es solo un ejemplo, no te me enfades. Pero piensa qué curioso es que parezca que el patio es vuestro. Que sí, que ya sé que si las chicas quieren jugar a fútbol sois tan salados que las dejáis. Les dais permiso para ocupar el espacio. Vete a saber qué pasaría si ellas decidieran, no sé, que un día iban a estar bailando en medio del patio este que parece ser vuestro. Me parece que te lo puedes imaginar.

Pero, en serio, que es solo un ejemplo de cómo los varones ocupamos (eh, que yo también soy un tío, no te creas) un espacio proporcionado en cuanto a nuestro número. Lo del patio no sería tan importante si eso no se reprodujese en todos los ámbitos, incluidos aquellos en los que se toman las decisiones políticas.

Si eres un chico, pregunta a tus amigas cuántas veces les han hecho por la calle comentarios sobre su cuerpo. El papel social del hombre incluye el poder emitir opiniones sobre una chica o una señora que pasa por la calle a la que no conozca de nada.

O mira en Instagram los comentarios a mujeres famosas. Apuesto a que más de uno (más de mil, pero bueno) hablan de lo guapas que son o de lo delgadas que están o de lo estilosas que resultan o cosas así. Da igual que sean modelos, cantantes, actrices, escritoras o ingenieras. El papel de la mujer, en las sociedades patriarcales, inclu-

ye la necesidad de ser un objeto para la atracción del deseo masculino como si la naturaleza las hubiese creado fundamentalmente para eso.

En general, los tíos no solo ocupamos la mayor parte de los puestos de poder, sino que ejercemos un poder social frente a las mujeres.

Frente a esto, hay un feminismo que aboga por que las mujeres puedan llegar a esos espacios de poder. Porque puedan ser policías, militares, empresarias. Esto es comprensible si se desea mantener el mundo tal cual es. No es que los anarquistas queramos impedir que haya mujeres militares o empresarias, claro, pero tampoco tenemos interés en que lo sean los hombres, así que nuestra propuesta va encaminada a que las mujeres asuman el protagonismo en cuanto a la sociedad organizada libre y horizontalmente y en cuanto a la vida personal de cada cual.

Por eso, la respuesta a los roles sociales establecidos por parte del anarquismo es desafiarlos, hasta lograr que entendamos que no hay un ideal de comportamiento femenino o masculino que tenga su origen en la biología, sino que, al menos en su mayor parte, este ideal lo ha ido definiendo la sociedad y, por lo tanto, puede desmontarse, crearse otro, inventarse, jugar con él, mezclarlo o hacerlo desaparecer por completo, porque lo realmente relevante es que se pueda vivir en libertad e igualdad.

Por último, se puede hablar de opresión personal. Desde diferentes instituciones de poder, se tiene la desfachatez de tratar de imponer a las mujeres cómo deben vivir aspectos íntimos de su vida, incluso su sexualidad. La mujer convertida en mero producto sexual es la moneda de cambio de buena parte de la industria publicitaria, cultural y comercial. Afortunadamente has nacido después de que la mujer se pueda separar de su marido sin demasiadas trabas (que

todavía son demasiadas), pero eso, que hoy resulta tan obvio, contó con la oposición de buena parte de la sociedad (incluidas algunas fuerzas que hoy se llaman feministas). Todavía es una pelea constante el derecho a decidir sobre el propio cuerpo en embarazos no deseados. Y la última batalla en el cuerpo de las mujeres es convertirlas en recintos alquilables para que desarrollen un bebé a cambio de dinero. Vientre de alquiler, lo llaman.

Hay una guerra constante por el control del cuerpo de las mujeres ejercida desde el poder y respondida desde el anarquismo acudiendo a las fuentes fundamentales de su pensamiento. La libertad, que solo puede ejercerse en igualdad, la dignidad del ser humano y la autodeterminación colectiva e individual.

Proponemos, pues, una sociedad que ponga en el centro a las personas, no a la economía; que revalorice el trabajo que ha sido tradicionalmente femenino, posibilitando que este se convierta en trabajo de la comunidad; que discuta los roles sociales y permita la autonomía para que cada cual pueda vivir la vida como estime oportuno; que destruya los estereotipos que hacen de la mujer un ser subordinado a los deseos sexuales del hombre; que incluya a la mujer en todos los aspectos de la gestión de una sociedad sin la mirada paternalista y patriarcal de los hombres.

Capítulo 5

LA PROPUESTA PERSONAL

EL MODELO ÉTICO

La ética no es muy popular hoy en día, no nos engañemos. No me refiero a la asignatura de Ética o similar, que tampoco, sino a eso de mantener unos valores y tratar de adecuarse a ellos, entendiendo que hay opciones de vida que son más respetables que otras.

Constantemente recibimos mensajes que nos vienen a decir que el bien es algo relativo, que todas las opciones son válidas, que no hay un criterio para que lo que hacen unas personas sea mejor que lo que hacen otras (sí que lo hay para defender la ley, la propiedad o al Estado, pero no para decidir cómo actuar en nuestro quehacer cotidiano).

En cuanto alguien propone que es más ético decidir una cosa u otra, en seguida salen dos tipos de argumentos: el que le acusa de querer convertirse en juez de otros («¿Quién eres tú para decir lo que está bien y lo que está mal?») y el que señala que toda la ética es parecida a lo que dicen los curas («Ya estáis imponiendo vuestras ideas, como los curas»).

Desde el anarquismo se entiende que sí, que claro que hay formas de afrontar la vida que son más adecuadas para que el mundo vaya mejor. Es más ético, por ejemplo, no maltratar a los animales que hacerlo, practicar la solidaridad que el egoísmo o no consumir gasolina como si fuera aire.

Además, a diferencia de las iglesias y sus preceptos, no se trata de que haya principios que han sido dictados por un dios e interpretados por unos tíos en sotana, sino que, en coherencia con una aspiración a que este planeta en que vivimos sea más libre e igualitario, habría maneras de comportarse que pueden hacernos avanzar hacia ello.

Por otro lado, es curioso que nadie salga a gritar por las calles que ya basta de que todas las redes sociales estén llenas de anuncios que nos dicen que hay que consumir, que parecen curas diciendo lo que tenemos que hacer. El consumo constante no debe de ser un comportamiento impuesto, claro.

Por lo tanto, sí, el anarquismo tiene una dimensión ética importante.

No es que haya un catecismo con mandamientos que cumplir independientemente de dónde y cómo viva cada cual, pero sí unas líneas que han sido bastante comunes (y que lo siguen siendo) como guía para estar en el mundo.

La idea principal que propone el anarquismo es que, sabiendo que vivimos en un sistema injusto, que produce situaciones espantosas en las que es difícil hacer el bien, hay algo a lo que podríamos llamar la dignidad que nos puede ayudar a mantener cierta coherencia entre lo que pensamos, lo que aspiramos que ocurra y lo que hacemos.

Ojo, que la cosa no va de *la revolución empieza en uno mismo; si quieres, puedes cambiar el mundo con tu actitud* o frases motivadoras de memes cursis. La cosa va de que buena parte de lo que hacemos influye en los otros y, además, de que lo que vamos haciendo en nuestra vida nos va construyendo, va haciendo que seamos de una manera o de otra. Si vas por ahí diciendo que eres muy feminista, pero cuando pasa una chavala a tu lado le sueltas una barbaridad sobre su físico, o controlas el móvil de tu pareja para ver con quién habla, pues dirás lo que te dé la gana, pero eres un cerdo (en su significado de *hombre ruin*, claro).

De esta manera, el mundillo anarquista ha tratado de hacer que las personas que participamos en él seamos como ejemplos en pequeño (y con muchas contradicciones, claro) de lo que querríamos que fuese una sociedad libertaria.

Esto se ha traducido en un esfuerzo por ser coherentes (siempre en la medida de lo posible), incluso a veces perdiendo supuestas ventajas que podríamos tener en el sistema en que vivimos si actuásemos de manera más, digamos, común.

Podría ponerte muchos ejemplos de anarquistas que han decidido no participar en el ejército y lo han pagado incluso con la cárcel, que han desobedecido órdenes injustas, que se niegan a hacer horas extra en su trabajo (y, por tanto, a cobrarlas) por considerar que lo que se necesita es repartirlo, que ejercen el boicot hacia empresas que se destacan por sus prácticas nocivas y un largo etcétera. Todos esos casos pondrían de manifiesto el eje central de la ética anarquista: aplicar en la medida de lo posible, al máximo posible, las ideas anarquistas en un mundo que, obviamente, no las favorece, a pesar

de que predique cada día que cada cual puede hacer lo que le dé la gana, que para eso tenemos libertad y democracia.

Además, esa actitud ética parte de la rebeldía, de la necesidad del ser humano de rechazar que nuestra vida sea dirigida por otros, no solo de palabra, sino con la acción, una acción que viene guiada, como te decía, por unos valores que se consideran importantes: la libertad, la solidaridad, el apoyo mutuo, la igualdad, el desprecio a la invasión del mercado en todas las esferas de nuestra vida, la autogestión.

Claro que vas a poder encontrar anarquistas que no veas tú que sean tan éticos. Al menos, a mí me ha pasado. A veces, porque decían ser anarquistas y, bueno, quizá no lo eran tanto. Otras veces, porque tenían detrás historias muy duras y había que conocerlos para saber por qué hacían ciertas cosas. Otras, sencillamente, porque no es fácil intentar ser ético, como te decía, en esta vida. Por eso no somos como los curas. No vamos a ir persiguiendo a alguien para excomulgarle porque haya entrado una vez en el McDonald's. Aunque yo no lo he hecho, y no me siento precisamente mal por ello, no te creas.

PARTICIPAR EN EL SISTEMA O APARTARSE DE ÉL

«¿Y si quieres ser coherente, por qué no te vas al campo a vivir en un colectivo, siembras tu comida, haces tu ropa y tu casa y contaminas lo mínimo? ¿Por qué no rompes con el sistema?»

Pues es una buena pregunta, la verdad. Y hay anarquistas que están de acuerdo y, en efecto, se salen del sistema y crean sus propias comunidades. Tienen el respeto y la admiración del resto de compañeros y compañeras, incluso nuestro apoyo si lo necesitan alguna vez y podemos echar una mano.

Es una opción tratar de salirse por completo del camino y crear otras condiciones de vida sin esperar a que suceda una revolución que lo cambie todo. Y, si además, esa experiencia logra perdurar, puede convertirse en un ejemplo de otras formas de vida alternativas a la que está dirigida por el dinero y el poder, es decir, a la actual.

Pero también es verdad que buena parte de la gente anarquista no se aparta de esta manera de la sociedad, por diferentes motivos, incluso porque alguna de esa gente considera que no está mal plantar cara, difundir otras ideas o crear redes de solidaridad en ciudades o pueblos en los que eso es casi heroico.

A pesar de todo, y muy relacionado con la dimensión ética del anarquismo, vivir en una ciudad, por ejemplo, no significa aceptar el sistema en su totalidad. Hay una preocupación del anarquismo por no caer en las redes del sistema, por no convertir nuestra vida en un constante ciclo de consumo y por no convertirnos al tiempo en productos de consumo.

Simplifiquemos un poco esto, que me estoy poniendo abstracto.

Si le dices a alguien que eres anarquista (o que tratas de serlo, o que simpatizas con esas ideas o algo parecido), es posible que te encuentres con respuestas del estilo de: «Sí, muy anarquista, pero bien que compras galletas en el supermercado». «Sí, muy anarquista, pero tienes una cuenta en el banco». «Ah, pues si eres anarquista, puedo ir a tu casa y ocuparla, porque no crees en la propiedad».

Planteado en esos términos, parece que ser anarquista debería significar vivir en una sociedad anarquista. Y, claro, pues aunque estamos en ello, todavía no ha llegado el momento. Entonces, pareciera que, o vives en esa sociedad o no eres más que un hipócrita. Es el tema de la coherencia, de participar o no en el sistema.

Y, aunque parece que dicho así es un poco de broma, es algo que preocupa a la gente anarquista. Nos preocupa porque no aceptamos la máxima de que *el sistema se cambia desde dentro*, pero al tiempo sabemos que las condiciones en que vivimos son las que son.

Ante todo este lío, en efecto, muchos anarquistas tienen una cuenta en un banco, porque para cobrar por trabajar es obligatorio. Lo que no hacen los anarquistas es convertirse en empresarios (ahora se dice emprendedores) con asalariados, a pesar de la matraca que nos dan cada día. Ni fundar partidos políticos para presentarse a elecciones. Ni crear organizaciones anarquistas que vivan de las subvenciones del Estado.

La idea es buscar la máxima coherencia entre los medios que se usen y los fines que se persiguen y esa coherencia pasa por usar herramientas totalmente opuestas a las del sistema. Por eso hay anarquistas que crean sus propias escuelas, sus propios radios, sus redes de solidaridad sin participación de instituciones, sus bibliotecas, sus centros de cultura, sus sindicatos sin participar en las llamadas elecciones sindicales ni tener profesionales a sueldo en las empresas, incluso sus propios proyectos colectivos de trabajo autogestionado.

Y puede que alguien piense: «Pues qué tontería. Si podemos coger dinero de una subvención del Ayuntamiento para crear un taller de reparación de bicis, lo hacemos y aprovechamos para practicar la solidaridad, ¿no?»

Pues ahí está el punto. Que cuando las instituciones dan algún beneficio lo hacen con dos consecuencias que nos parecen rechazables: una, la de poder presumir de lo guays que son. Y eso es inaceptable, porque lo mismo que te pueden dar dinero para que montes un huerto urbano (o para que compres una pala y un rastrillo para el

mismo), van a dedicar todo su esfuerzo a mantener el tráfico infernal de las ciudades, por lo que lo tuyo es mera apariencia, una propaganda en la cual preferimos no participar. Y la otra es que, una vez que se entra a recibir algo del poder, el poder va a ejercer algún tipo de control tarde o temprano. O bien obligándote a presentar papeles con los nombres de los responsables para que te den la pasta, o sugiriendo *mejoras* o de alguna otra manera. Y entonces, ya no eres independiente, ya formas parte de ese sistema, que te dejará tranquilo mientras seas el adorno rebelde inofensivo, pero que en cuanto saques los pies del tiesto (no solo en el caso de un huerto) te van a cortar el grifo y te van a acusar de deslealtad.

Por lo tanto, la idea que tenemos los anarquistas de cómo actuar en colectivo es hacerlo lo más lejos posible de las instituciones de poder, creando nuestras alternativas sin depender de él.

Y, por cierto, ocupar la casa de un anarquista porque no cree en la propiedad privada va a ser más complicado que ocupar la de un banco que ni sabe que la tiene, porque acumula centenares de ellas. Recomendaría lo segundo a los intrépidos ocupas liberales.

LA CUESTIÓN DE LA VIOLENCIA

Si decimos que el anarquismo quiere ser ético, no podemos pasar por encima algo que es un tanto espinoso, lo reconozco. La violencia.

Si alguien hace daño a otra persona, eso es violencia.

A menudo, se ha acusado a los anarquistas de ser violentos. No es raro que incluso se hable de anarquistas terroristas. Bien es verdad que en los últimos tiempos, esa violencia se refiere a hacer daño a

objetos. A romper un escaparate o un coche en una manifestación, por ejemplo.

¿Qué piensan o qué hacen los anarquistas respecto a este asunto?

Vayamos por partes. En primer lugar, la acusación de que los anarquistas son violentos es peculiar. Los anarquistas toman un montón de iniciativas diferentes. Por ejemplo, es posible que no haya ningún movimiento político que tenga una red de actos culturales tan potente sin que el Estado aporte o intervenga en nada. Cada semana organizan charlas, obras de teatro, conciertos, exposiciones, proyecciones de películas, ferias del libro, programas de radio o podcast, talleres de software libre, salidas a la montaña, reuniones entre colectivos con diferentes intereses y una lista que ya quisieran muchas concejalías de cultura (bueno, igual no las querrían, que con llevarse el salario ya van apañadas).

Lógicamente, el anarquismo no es solo una alternativa cultural. Hay anarquistas participando en diferentes conflictos sociales de manera muy activa. Desde los problemas de vivienda hasta las luchas ecologistas.

De toda esta frenética actividad, el retrato del anarquista violento quiere quedarse solo con un dato. A eso se le suele llamar manipulación.

«Ya, pero te estás escapando. ¿Los anarquistas ejercen la violencia o no?»

Ha quedado claro que las prácticas anarquistas son muy variadas. Pues bien, hay anarquistas que se enfrentan a la policía en las manifestaciones, sí. No hay bandas armadas libertarias asesinando gente. Ni hay ejércitos anarquistas invadiendo países y violando mu-

jeros. Eso se lo dejamos a las democracias. Pero sí, hay anarquistas que rompen escaparates. Hay otros que no. Incluso los hay a los que no les parece bien, a no ser que medie una agresión.

¿Y eso es ético?

La violencia contra las personas, para los anarquistas, es despreciable. Incluso si tiene que ejercerse en defensa propia. Imaginemos que en una manifestación la policía decide disolverla a golpes y un compañero está en el suelo siendo apaleado. Es probable que la gente anarquista intente que esa situación se termine y es posible que no lo haga diciendo al policía «Disculpe, pero mi compañero es una excelente persona y el trato al que le está sometiendo me parece francamente irrespetuoso. Cese en su actitud, por favor, agente de la autoridad». Y, aun así, si se usara la violencia en ese contexto, analizada desde el punto de vista libertario, es algo que preferiríamos que no ocurriese. Es solo el contexto, la necesidad de no vivir de brazos cruzados, la que *obliga* a, queriendo mantener la dignidad, tomar la decisión de actuar de determinada manera.

Sobre este asunto ha habido innumerables debates dentro del movimiento anarquista, pero en general se ha mantenido el respeto por los seres humanos y la absoluta necesidad de no convertir nunca a una organización anarquista en ejecutora de vidas, como sí lo han hecho los demócratas con sus ejércitos (y los marxistas con sus bandas armadas).

Esto, claro, es compatible con la autodefensa. Como los anarquistas desconfiamos de la policía y del Estado, cuando vemos amenazada nuestra vida nos defendemos. Y, la verdad, tenemos una larga tradición en hacerlo. Te voy a poner dos ejemplos.

En los años 20 del siglo XX, en Barcelona, la organización de empresarios creó un falso sindicato, cuya misión real era matar a los miembros destacados de la CNT, el sindicato que tenía ideas libertarias. Los anarquistas, fieles a su desconfianza en el Estado, crearon sus propios grupos de defensa. A eso se le llamó terrorismo, a combatir a los pistoleros de la patronal. El término lo ponía la burguesía. Para nosotros era simple defensa. Sin tregua. Era un mundo muy duro y los anarquistas respondían con la dureza con la que los trataban.

Otro ejemplo mucho más cercano. Grecia. Entre 2010 y 2020 el crecimiento del partido nazi Amanecer Dorado fue enorme. Esto se vio acompañado por un aumento de agresiones, palizas e incluso algún asesinato. La situación era terrible. Los anarquistas, lógicamente, se veían amenazados y veían amenazados a sus vecinos y vecinas. Y respondieron. Con contundencia. Con mucha contundencia. Y ganaron, por cierto.

Otra cosa es la pretendida violencia contra los objetos. Es otra cosa porque no hay vidas en juego, sino, generalmente, los intereses de empresas, que son las que se ven atacadas (las de los escaparates). Y, sobre esto, hay anarquistas que consideran que dañar los intereses de los capitalistas es ya una defensa ante la agresión a la sociedad que estos ejercen todos los días y hay otros que consideran que es preferible explorar otras vías.

«Entonces, ¿sois violentos o no?»

Pues yo te diría que no.

Primero, porque lo que sea violencia o no es discutible. Que sea violencia hacer una barricada y no lo sea que una familia deba dejar su piso porque se ha quedado en paro, es síntoma de que la definición se hace desde un lugar de privilegios.

Segundo, porque el hecho de que alguien en su vida le pegue un bofetón a un fascista, por ejemplo, no significa que sea *abofeteador*, sino que, sencillamente, ese día ha abofeteador. O que alguien le dé un guantazo en el patio al abusón que se mete con los de 1º de ESO, no le convierte en profesional del guantazo, sino en alguien harto del abuso. Violentos son la policía, los guardas jurados o el ejército, que viven precisamente de la violencia todo el tiempo.

Tercero, porque el hecho de que, aun así, pueda haber episodios que consideres violencia y en ellos esté implicada gente anarquista, no significa que todos los anarquistas ejerzan la violencia.

Y, por último, porque, aunque reivindicamos el derecho a la autodefensa, la inmensa mayoría de la actividad anarquista transcurre en otro ámbito, con un enfrentamiento hacia el sistema, sí, pero con otros cauces que no tienen nada que ver con armas ni bombas ni nada de lo que la caricatura del anarquista te pueda hacer creer.

Capítulo 6
HACER LA REVOLUCIÓN

QUÉ ES UNA REVOLUCIÓN Y POR QUÉ QUEREMOS HACERLA

Es bastante probable que en el instituto hayas oído hablar de la Revolución Francesa, de la americana, de la rusa, de la china o de la Revolución Industrial. También es seguro que hayas leído la palabra revolución en la publicidad o en noticias deportivas o en otro sinfín de cosas.

La palabrita de marras tiene una fama positiva y una negativa.

La positiva viene a decir que una revolución es un cambio drástico que hace que las cosas mejoren. Una marca de cosméticos, por ejemplo, dice que ha hecho la revolución porque sus productos son notablemente diferentes del resto. Incluso se jacta de ser maquillaje ético, sin uso de productos animales. Otra marca, de bebidas, dice que es revolucionaria porque no contiene gluten. Tiemblan los cimientos de la competencia. Incluso un banco promete la revolución de las hipotecas porque se pueden solicitar sin acudir a una oficina. Supongo que te la deniegan por el mismo cauce y se ahorran (nunca mejor dicho) el tema de rechazarte a la cara. Estos casos, todos reales, demuestran que es bastante *cool* ser revolucionario, en el sen-

tido de innovador y competitivo. Pero resulta que este significado de lo revolucionario es bastante diferente a lo que se considera una revolución social, política o económica.

Y esas revoluciones son las que tienen la mala fama. Si un movimiento social se presenta como revolucionario es tachado de anticuado, fanático, probablemente violento y peligroso y de querer destruir las bases de la convivencia y crear una dictadura.

El caso es que el anarquismo es un movimiento revolucionario. Y no es anticuado: es rabiosamente actual preocuparse por un mundo más libre e igualitario; no es fanático: la multitud de perspectivas que conforman las ideas libertarias y la ausencia de líderes que dicten lo que hay que pensar evitan ese fanatismo; no es esencialmente violento (o lo es menos que el capitalismo, sin ninguna duda) y, bueno, sí que es peligroso. Peligroso para quienes ya sabemos y para lo que ya sabemos.

Pero, ¿qué es una revolución?

Bueno, pues sería un cambio radical, importante, en el sistema político, social y económico que sucede de una manera más o menos rápida.

El cambio radical lo he ido explicando a lo largo del libro: pasar de una política dirigida por profesionales, que cuenta con el voto de la gente como máxima expresión de la participación a una política en la que la horizontalidad y el federalismo sean las claves; pasar de una economía basada en el lucro y la expansión a toda costa a una economía basada en la autogestión y la satisfacción de las necesidades de las personas; pasar de una sociedad dividida en estratos de poder a una sociedad horizontal con la mayor igualdad social y la mayor libertad posible.

Y hacerlo de manera más o menos rápida es lo que puede marcar la diferencia entre una opción revolucionaria o una opción reformadora (o reformista). Hay personas que pueden pensar: «Si los anarquistas tenéis razón, claro que es preferible vuestro modelo social, pero podemos ir poco a poco cambiando las leyes y así, en unas décadas, el mundo será igualitario, libre y todo eso».

Bien, pues la inmensa mayoría de los anarquistas preferiríamos que ese cambio no se dé desde las instituciones y tan a largo plazo, aunque somos conscientes de que quizá la revolución no comience pasado mañana, qué se le va a hacer. Y no estamos de acuerdo con que sea un proceso despacito desde las instituciones porque, habitualmente, las buenas intenciones se quedan en nada y lo que iba a ser un mundo estupendo se acaba convirtiendo en la basura que menos huela. Se iba a igualar la sociedad y se acaba poniendo un impuesto a los megarricos para que lo sigan siendo y nos dejen algunas migajas. Se iba a conseguir un planeta limpio y se logra que para el 2055 haya más coches eléctricos. Una cosa cutre.

«¿Pero eso de la revolución cómo se hace?»

Pues no hay una fórmula mágica, una receta como la de los macarrones, que funcione más o menos siempre.

Lo que parece cierto es que a menudo las revoluciones comienzan cuando suceden varias cosas a la vez: que las condiciones en que vive la gente no sean deseables; que la gente se dé cuenta de ello; que lo que pueda ganarse haciendo la revolución sea mayor que lo que se puede perder manteniendo el sistema; que en el ambiente *floten* ideas revolucionarias...

Con todo esto, durante mucho tiempo ha funcionado el modelo de revoluciones como las que has estudiado en Historia (asignatura

en la que, en general, tampoco te han contado cómo es eso de una revolución: quién comienza, qué se hace los primeros días, cómo se organiza el tema y todo lo demás, excepto alguna pincelada más bien abstracta). En aquellas, un núcleo de la población se rebelaba ante la injusticia, a menudo económica, pero lastrada por otras causas sociales o políticas y se generaba un enfrentamiento con el poder de carácter violento y que terminaba con la ocupación de algunos de los símbolos del sistema (palacios, cárceles, parlamentos...), desde los cuales un grupo más o menos minoritario comenzaba a destruir las leyes del anterior sistema dictando otras. Era un modelo basado en el que podríamos llamar *enfrentamiento final*, en la batalla decisiva, en una suerte de guerra interna que decidía la balanza del lado de los revolucionarios o de los reaccionarios.

Es bastante posible que las siguientes revoluciones no adopten esa forma. Pero es muy probable que sí necesiten de los demás factores: la conciencia de estar en unas condiciones injustas, la fuerza de unas ideas revolucionarias que den alguna alternativa, la existencia de personas que tengan en mente que si hay revolución (o revoluciones) hay que organizar una nueva sociedad con el menor sufrimiento posible, las experiencias que sirvan de pequeños ejemplos al modelo social al que se aspira.

El caso es que los anarquistas trabajamos para que esos momentos revolucionarios se puedan dar en algún momento. Como no creemos que la historia tenga unas leyes como las de la física, pues no sabemos exactamente si esto va a ocurrir dentro de diez años, cinco o treinta, pero da igual. Lo que vamos haciendo es dejar semillas para que ese cambio radical no afecte solo a la economía, porque entonces la sociedad sería igualmente injusta, o no afecte solo a la política,

porque la economía garantizaría la desigualdad social. Por eso llamamos revolución social a nuestras aspiraciones, porque consideramos que todos los elementos de la sociedad están relacionados y porque creemos que habría que cambiar buena parte de ellos para aspirar a una vida mejor.

En este sentido, la gente anarquista hace cosas variadas para empujar al mundo hacia una nueva sociedad, como difundir las ideas, crear diferentes tipos de experiencias que se parezcan a lo que deseamos (cooperativas de trabajo, escuelas libertarias, radios libres, huertos comunitarios e incluso okupación de pueblos para crear una vida en común, etc.), tratar de llevar una vida lo más similar posible a nuestros ideales, organizarnos para realizar diferentes prácticas y una variedad que solo depende de la imaginación y los intereses que haya en ese momento.

LA TÁCTICA DE LA ACCIÓN DIRECTA

En el camino hacia una situación revolucionaria hay que tomar decisiones sobre cómo queremos actuar. Ya te he comentado que para los anarquistas es importante que los medios que se usen sean lo más coherentes posible con los fines que se pretenden alcanzar.

Si queremos un mundo sin jerarquías, sería de mal gusto que tuviésemos unos jefes que, mientras tanto, nos fueran diciendo lo que hay que hacer para llegar a eso, por ejemplo. Si queremos un mundo en el que hombres y mujeres sean iguales, no es recomendable que se permita a los muchachos avasallar a las compañeras en una asamblea. Y así.

Dentro de esta búsqueda de la coherencia, hay una táctica muy extendida en el mundo libertario, que se conoce como *acción directa*.

Esto significa que sean los afectados en un conflicto quienes protagonicen la lucha y su posible resolución.

Te voy a poner un ejemplo. Imagina que en el instituto al que vas la calefacción no funciona bien y los exámenes se han puesto a las 8 de la mañana en pleno invierno, que ni se puede coger el boli porque se queda la mano pelada y además no se puede usar abrigo en clase, que es poco elegante. Tenemos un problema. Bueno, lo tenéis los que vais a ese instituto. No es el fin del mundo, pero es un problema, y los anarquistas lo trataríamos a nuestra manera.

Seguramente, alguna organización de estudiantes prepararía movilizaciones (por ejemplo, una sentada, o una huelga parcial o lo que fuera), nombraría un comité elegido entre sus miembros, que se reuniría con la dirección, tomaría un acuerdo y cuando todo estuviera acordado, pues hala, a las clases, que esto lo hemos solucionado los profesionales, gracias a vosotros, pueblo, pero entre la gente que sabe de estas cosas.

Si en ese instituto hubiese anarquistas, se convocaría algún tipo de reunión, de asamblea, para que la gente pudiese hablar; se llegaría a un acuerdo sobre las movilizaciones sin permitir que líderes de ninguna organización tomaran la palabra en nombre de la gente (ni siquiera gente de organizaciones anarquistas, si las hubiera); llegado el caso, se podría nombrar un grupo de personas en las que la gente confíe, alumnado del instituto, para ir a hablar con la dirección, con un mandato de la asamblea (es decir, con el acuerdo de lo que pueden decir y hasta dónde pueden ceder); se expondría en otra reunión lo que ofrece la dirección y se preguntaría a la gente si está de acuerdo en continuar la movilización o en parar y se decidiría entonces qué hacer.

Como se trata de un conflicto entre alumnado y dirección, no se aceptaría la mediación de una organización estudiantil, ni del Consejo Escolar, ni de la AMPA ni nada. ¿A quién afecta esta situación? Al alumnado. ¿Quién debe tomar decisiones y sostener la lucha? Pues el alumnado.

Lo mismo ocurre en otras cuestiones, como los derechos laborales. Si las trabajadoras de una empresa tienen problemas con los dueños (porque no les pagan, porque las obligan a hacer horas extra, porque no les dan el equipo de protección suficiente, o por lo que sea), son las trabajadoras las que llevan la lucha, no un agente negociador venido de alguna institución a poner paz.

¿Y por qué pensamos esto? Pues por dos motivos principales. El primero es que resulta lo más coherente del mundo no querer delegar nuestras decisiones en especialistas, en ajenos a los conflictos. Podemos asesorarnos si lo necesitamos, pero si defendemos lo horizontal, es lógico que la consecuencia sea que quienes tienen un problema se impliquen y lo resuelvan como mejor sepan o quieran.

El segundo es por desconfianza, no te voy a mentir. Una desconfianza, también es verdad, basada en una larga experiencia. Quien viene a mediar viene a apagar fuegos, a que los conflictos se terminen cuanto antes. Para eso los llaman, claro. Si no, es que han fracasado. Y es posible que algunas situaciones se resuelvan rápidamente sin problemas, pero la urgencia por terminarlos suele ser una buena consejera solo de quien tiene la sartén por el mango, porque con las prisas se cambian pocas cosas y hacer ceder al poder es algo generalmente bastante laborioso como para que ocurra de manera inmediata. Además, quien hace de intermediario y es ajeno a la cuestión suele hacerlo por intereses que no tienen nada que ver con el tema. Si se

trata de un sindicato de estudiantes, para poder crecer en afiliados; si se trata de un organismo oficial, para reforzar el *statu quo*. Nadie como la gente afectada para conocer su problema y buscar soluciones centradas en él, sin intereses ocultos.

«Hala, ya está el angelito anarquista. ¿Y vosotros no tenéis interés en los conflictos, en las luchas? ¿Sois seres puros e inmaculados sacrificados por el pueblo?»

Bueno, te voy a reconocer que algo de interés hay. A los anarquistas sí nos interesa que haya conflictos y que se use la acción directa. Que haya conflictos nos interesa en el sentido de que, viendo el injusto mundo que nos rodea, nos parece lo más natural que, de vez en cuando, salten chispas. Esas chispas ponen de manifiesto los malestares, las penas y la rabia de la gente, y eso hay que darle salida, que es algo muy sano. Pero más allá de eso, nos interesa que la gente aprenda a ser libre, sí. Que practique la solidaridad y que cree sus propias herramientas de lucha, sin dirigentes profesionales ni aficionados. Claro, como verás, la diferencia es notable, puesto que no vamos a pedir tu voto, ni necesitamos subvenciones, ni te necesitamos para que nos sigas y obedezcas.

ORGANIZARSE

Hay toda una mitología también en torno al anarquista como ser solitario, incapaz de organizarse con otras personas, taciturno, dedicado a la conspiración, huraño, como un *emo* politizado.

Como ya te he dicho, los anarquistas son variados, y habrá alguno que sea así, pero también hay bastantes ácratas que se organizan en colectivos, federaciones, sindicatos, centros culturales y una larga lista de iniciativas.

Suele decirse que las organizaciones anarquistas tratan de ser prefigurativas. Esto significa que tratan de funcionar de manera parecida a como consideramos que lo haría una sociedad libertaria.

Para ello, el mecanismo de decisión más habitual es la asamblea, la reunión de las personas que conforman el colectivo u organización, en la que todo el mundo tiene posibilidad de expresar su opinión, de debatir, argumentar y participar en las propuestas. Pero de verdad, porque claro, la fuerza de las ideas anarquistas ha hecho que hoy en día pocas organizaciones sociales digan: «Eh, apúntate a nuestra asociación, que haremos reuniones en las que parezca que decides, pero hay unos tíos muy listos detrás que son los que llevan el cotarro. Confía en ellos, que son la pera limonera». Aunque esta ha sido y sigue siendo la práctica habitual de las organizaciones que se llaman comunistas, ahora lo disimulan más. Lo que no significa que no sean más verticales que la Rusia soviética.

En fin, que entre anarquistas usamos las asambleas como medio de encuentro, comunicación, relación y decisión. Incluso reflexionamos sobre las propias asambleas para que sean más horizontales todavía, para no dar por hecho que por estar toda la gente en un círculo hablando ya vaya a contar lo mismo lo que dice una persona o la otra. A veces es necesario pararse a pensar sobre el poder oculto, que se puede manifestar en que se haga caso a quien habla de manera más adornada, aunque no tenga mejores argumentos que otra persona, o a que las mujeres participen menos o se las interrumpa, por ejemplo.

En algunas de nuestras organizaciones, además de asambleas, alguien se encarga de llevar a cabo determinadas tareas. Por ejemplo, de contar el (escaso, habitualmente) dinero que se tiene, apuntando los gastos y los (escasos, habitualmente) ingresos. O de maquetar una

revista (física o digital). O de enviar a otros colectivos que formen parte de una federación la información para las siguientes reuniones. En fin, que a eso se le suele llamar *un cargo*.

Pero, a diferencia de los cargos de instituciones o partidos políticos, en el territorio anarquista se intenta que sean diferentes.

Que sean rotativos, para que nadie se especialice de tal forma que toda la gente dependa de esa persona para llevar a cabo algo (es decir, que solo haya una persona que sepa las claves de una web y cómo subir información, por ejemplo, porque ha sido quien tuvo el cargo de mantenerla durante 6 años y cuando se quiera subir algo, ya tenemos a la persona de la que dependemos); que no sean remunerados (que no se cobre por ello, vaya) para que nadie quiera vivir de ese cargo y, sobre todo, que estén permanentemente controlados por la asamblea, que lleven a cabo sus tareas conforme la organización lo quiere, que no tomen decisiones al margen de la organización que esta no desee.

He dejado caer que existe la posibilidad de que algunos colectivos se unan a otros, practicando el federalismo. Esta es una intención habitual del anarquismo, la de unir fuerzas en aquello en lo que estemos de acuerdo. Por eso, ha habido federaciones de grupos anarquistas desde hace un siglo, federaciones de grupos anarquistas juveniles, de centros culturales (a veces llamados Ateneos Libertarios), de sindicatos y de una extensa variedad.

En todos esos casos, la dinámica es la que te explicaba cuando hablaba de federalismo: las decisiones comienzan en la asamblea del nivel más reducido, para ir transmitiéndose en reuniones de alcance geográfico cada vez mayor.

Las organizaciones anarquistas, o la gente anarquista organizada, resultan muy importantes para muchas cuestiones. En primer lugar, porque son un espacio para coincidir con otras personas que pueden pensar de manera similar. Puede que en tu barrio, pueblo, ciudad o donde vivas, ya haya alguna organización o algún local con anarquistas y puede que resulte interesante que los conozcas y veas en qué coincides y en qué no. O puede que tú quieras crear tu propio colectivo, asociación o como quieras llamarla y luego contactar con otras. Recuerda que la gente anarquista tenemos una tendencia alta hacia la solidaridad, y más si se trata de otras personas anarquistas, así que estaríamos encantados de saludarte. El caso es que, de cualquier forma, siempre es una buena idea encontrarse con otras personas que puedan debatir contigo sin prejuicios. Y esa es una de las labores de las organizaciones y espacios anarquistas.

Otra de las ventajas, claro, es ayudar a que se conozcan las ideas libertarias. Es más fácil hacer conocer nuestras ideas si lo intentamos entre varias personas que si lo hace una sola, a pesar de que la tecnología fomenta precisamente eso de andar detrás de un ordenador soltando rabia en solitario en redes sociales creyendo que estás destruyendo el capitalismo a golpe de *tweet* (o como se llame cuando esto se publique). Y es más fácil hacer que estén presentes en la calle, que es algo que nos gusta mucho a los anarquistas, eso de que las cosas se vean en la calle, a lo mejor porque no tenemos pasta para montar una televisión o relación con el poder para que nos la den.

Y, claro, la mayor ventaja es eso tan viejo de que la unión hace la fuerza. Conseguir logros pequeños no es la revolución, pero hacer que esos logros se consigan de forma horizontal, por medio de la acción directa y sin que metan las narices los políticos profesionales,

puede acercarnos. Y para eso, qué mejor que reflexionar cada uno sin presiones, pero actuar en común.

EL APOYO MUTUO COMO HERRAMIENTA TRANSFORMADORA

Además de las organizaciones y, a menudo, como pegamento fundamental para que se mantengan, los anarquistas hablamos mucho de apoyo mutuo, que es una manera de referirnos a la solidaridad.

El nombre lo hemos heredado de un viejo libro escrito por un viejo anarquista. El viejo anarquista fue Piotr Kropotkin y el libro se tradujo en castellano como *El apoyo mutuo*, precisamente. En él, este señor del siglo XIX, que era científico (biólogo), trataba de llevar la contraria a quienes habían descubierto en las ideas de Darwin argumentos para defender que los seres humanos, de manera natural, estamos condenados a luchar unos contra otros para que sobrevivan los más fuertes y la especie vaya mejorando.

Sin embargo, Kropotkin pensaba que eso no era exactamente lo que defendía Darwin y, además, no era lo que él observaba en la naturaleza, en diferentes especies animales ni en diferentes culturas humanas. Más bien se observaba que sí, que había competitividad, pero que la ayuda entre individuos de una especie era un factor relevante para que esa especie perdurase, sobreviviese.

A partir de sus observaciones, Kropotkin entendió que ayudarse entre humanos no era una cuestión religiosa, fruto de unos mandamientos de un dios, sino algo natural, algo que incluso hacemos por el propio beneficio (nuestro y de nuestros descendientes).

El caso es que el término hizo fortuna entre los anarquistas y posiblemente en estos tiempos sea más necesario que nunca. A pe-

sar de los años que han pasado, el debate de Kropotkin con otros científicos y políticos de su época sigue vivo, aunque parecen ir ganando quienes quieren convencernos de que somos individuos aislados en una permanente pugna para lograr más recursos que los demás y que actuamos solo movidos por ese interés egoísta. Curiosamente, esto coincide perfectamente con las sociedades de mercado, de tal forma que parece que el capitalismo se haya creado por evolución natural.

Por eso mismo, en el camino hacia una situación revolucionaria es tan importante el apoyo mutuo. La solidaridad entre quienes sufrimos los desmanes del poder es la única manera de resistir, pero además, la extensión del apoyo mutuo complica la intención de lucro que dirige este mundo y pone en cuestión la necesidad de que haya gestores que administren la miseria en que vivimos.

Crear espacios de apoyo vecinal, estudiantil o entre trabajadores es abrir una brecha en el sistema. Ojo, no es hacerlo caer, no somos tan ingenuos, pero es poner en marcha otras maneras de vida.

Intercambiar ropa usada, cocinar en común, compartir herramientas, crear huertos colectivos, crear espacios de aprendizaje mutuo sin dinero por medio (en lo que a cada cual le interese), montar cooperativas de trabajadoras, impedir desalojos de vecinas o ayudar a ocupar casas a quien ha sido desalojado, echar una mano a trabajadores en conflicto con sus empresas, estudiar juntos... Cada práctica de apoyo mutuo proporciona una experiencia inolvidable para quien la vive y daña la lógica de un sistema que nos construye aislados, ansiosos de zamparnos al de al lado, de sospechar de la vecina del cuarto, deseosos de llamar a la policía para cualquier cosa, de fichar a quien parece no haber nacido cerca, de trepar a costa de los demás. Eso no es vida, ya te lo digo. El apoyo mutuo sí.

Capítulo 7

¿HUBO ANARQUISMO ALGUNA VEZ?

En todo cazador vive un antepasado cavernario. (...) ¿Cuántos viven hoy de la caza y de la pesca individual? No. Esos tiempos ya pasaron. El cazador y el pescador de caña son seres que se divierten y emplean las horas causando daño innecesariamente.

Artículo publicado en 1928 en la revista anarquista *Helios*.

En las grandes capitales, el vínculo de sociabilidad es casi nulo; las múltiples obligaciones de la vida moderna y el egoísmo desarrollado en la lucha por la existencia hacen que todos se encierren en un feroz individualismo, hasta el punto de ser insensibles a toda clase de desgracias ajenas.

Antonia Maymón, 1927.

En un medio basado sobre la explotación y la autoridad, lo que buscamos, nosotros, anarquistas de ambos sexos, es vivir nuestra vida pero sin renunciar a las delicias del amor sexual, ni a las exigencias de nuestra naturaleza sentimental. Para la mujer, pues, la procreación no es una función indispensable en la vida.

Émile Armand, 1925.

EL ANARQUISMO COMO PRECURSOR DE IDEAS Y LUCHAS

En 1931 se convoca una huelga de alquileres, debido al aumento del precio de los mismos. Las familias dejan de pagar para reivindicar un precio social. El movimiento dura más de medio año y es impulsado por los anarquistas.

En el 1 de mayo de 1886 comienza en EEUU una huelga a favor de trabajar 8 horas diarias. En un mitin, estalla una bomba contra la policía, que a su vez asesina a varios manifestantes a tiros. Se detiene a un grupo de anarquistas falsamente acusados de haber sido los responsables de la bomba y cuatro de ellos son asesinados en la horca por el Estado. Esto dará origen a que el 1 de mayo se convierta en el día internacional de los trabajadores.

¿Qué tienen todos estos hechos y textos en común? La crítica ecologista a la caza o a la deshumanización de la vida en la ciudad, la reivindicación de una sexualidad que hable del placer y que no asocie obligatoriamente sexo y reproducción, la lucha contra los precios abusivos de los alquileres o el origen del 1º de mayo son solo algunos ejemplos de que el anarquismo ha sido pionero en sus propuestas respecto a muchos asuntos, algunos de los cuales hoy parecen superados, y otros son aún de rabiosa actualidad. No se trata de vivir en

el pasado, sino de intentar evitar que se borre lo que la gente de a pie ha hecho y se sustituya por lo que hacen los políticos.

Si se estableció la jornada de 8 horas no fue gracias a Franco, como dicen algunos, sino a años de conflictos obreros, que convirtieron esa reivindicación en algo tan lógico para ellos que se rebelaron continuamente hasta conseguirlo.

La posibilidad de vivir sin casarse y de no tener que renunciar a considerarse una pareja no tiene su origen en la bondad de los políticos progresistas, sino en una larga serie de reivindicaciones, que comenzaron los anarquistas, para separar el amor de un contrato.

Que se pueda hablar de igualdad de mujeres y hombres, de derechos sexuales, de violencia simbólica contra la mujer, de acoso y un largo etcétera es algo que bebe de un rico pasado de aportaciones, más allá de que una señora burguesa diera un discurso para que votasen las mujeres en la II República. Miles de mujeres anarquistas, sin querer votar, quisieron una vida justa y lo manifestaron sin tapujos.

Así podríamos seguir hablando de temas que hoy nos interesan y que, en muchas ocasiones, forman parte de la esencia de las ideas anarquistas, que llevaron y siguen llevando lo más allá posible la defensa de la libertad y de la igualdad.

Pero además, las formas de organizarse de los anarquistas se han impuesto por propia lógica. Como te decía cuando hablaba de organización, el método horizontal es casi indiscutible, al menos teóricamente, y los movimientos sociales presumen de dar voz a todo el mundo y de dejar participar a quien se acerque. Esto es un éxito del anarquismo y su crítica a la autoridad. Un éxito pequeño, tampoco te creas que me crezco.

Si ideas, prácticas y formas de organizarse han tenido un recorrido amplio, dejando un poso en la sociedad, unos restos, es porque hubo anarquistas, porque hubo fuertes movimientos, porque hubo una influencia potente sobre la sociedad.

Cuando te pregunten si eso del anarquismo ha triunfado alguna vez, no podrás decir: «Sí, la verdad es que Europa fue anarquista en el siglo VI a. C., pero la cosa se fue torciendo». Pero sí podrás dar cuenta de algunas experiencias e influencias que suelen ser menospreciadas, cuando no borradas de un golpe de autoridad.

INFLUENCIAS LIBERTARIAS

En la larga historia del anarquismo como conjunto de ideas y prácticas ha ocurrido lo que sucede con todos los movimientos sociales. Cuando son populares, cuando los defiende mucha gente, se convierten en algo que influye en la sociedad, en la cultura, en las ideas y en personas de diferente condición. Incluso algunos personajes más o menos populares se identifican con ello.

Piensa, por ejemplo, en el feminismo. Que las mujeres y los hombres deban tener los mismos derechos y que hay que desterrar ideas y comportamientos que dejen a la mujer en segundo plano es algo que hoy recorre el mundo gracias a que ese movimiento social es popular. En algunos casos, la influencia que tiene es algo sincero y en otras puede tratarse de una estrategia para vender más. Vender más películas que parezcan feministas, música o partidos políticos. Y aunque esto sea una forma de aprovecharse, también lo podemos ver como una consecuencia del alcance del mismísimo movimiento.

Pues con el anarquismo ha pasado algo parecido. Por ponerte un ejemplo lejano, a finales del siglo XIX, el anarquismo fue bastan-

te popular por estas tierras, como corriente que criticaba duramente una sociedad injusta y que cargaba duramente contra sus representantes. Algunos autores de la famosa generación del 98 reconocieron esa influencia y se identificaron (al menos durante un tiempo) con el anarquismo. Así le sucedió a Valle Inclán, Azorín, Baroja o Maeztu, aunque como burgueses que eran muchos acabaron su vida como viejos amargados de derechas (amargado y de derechas pudiera ser una redundancia, también te digo).

Pero lo mismo le ocurrió a otros escritores, sin convertirse en viejos amargados de derechas, eso sí, como Jules Verne, Oscar Wilde, Tolstoi, Kafka, Albert Camus o, más recientemente, Ursula K. Leguin o Alan Moore.

Admito la posibilidad de que pocos de estos nombres te hagan exclamar ¡Oh, qué sorpresa, que mi escritor favorito era anarquista! Pero no se trata de eso, sino de comentar que eso de que el anarquismo ha sido una ideología marginal en manos de cuatro descerebrados al borde de la demencia y que no salió de pequeños círculos de fanáticos, que eso, digo, es una mentira gorda.

Tampoco se trata de hacer una colección de famosos y fijarse en ellos como modelo, porque nuestro modelo, si acaso tenemos alguno, es el de la persona que día tras día trata de cambiar el mundo, a veces en condiciones difíciles, sin necesidad de ser una artista reconocida ni nada parecido.

Es verdad, sin embargo, que el anarquismo ha influido en diferentes etapas de la cultura, como venimos diciendo. Por ejemplo, movimientos culturales como el surrealismo fueron protagonizados, o iniciados, por elementos cercanos al anarquismo, que pretendían poner en cuestión la injusta sociedad capitalista. También músicas

como el punk (por aquí a veces llamado rock radical) recogerían ideas como la autogestión y la crítica a la autoridad para expresar la rabia juvenil por medio de instrumentos.

Y lo ha hecho en personalidades y contextos variopintos, desde el cine (Vicente Aranda, Fernando Fernán Gómez o Emma Cohen) hasta lingüistas (Noam Chomsky), pasando por antropólogos (Pierre Clastres o David Graeber), la filosofía (Deleuze) o incluso el deporte (clubes de fútbol como el desaparecido Júpiter de Barcelona o el Corinthians brasileño, que sigue existiendo).

En todos esos casos, la influencia vino de la mano de unas ideas atractivas y que representaban a una parte significativa de la población, aunque eso, probablemente, no te lo van a contar en clase de Historia.

¿PERO HUBO SOCIEDADES ANARQUISTAS?

Todo este capítulo parece llevarnos al mismo asunto. Vale, el anarquismo tuvo ideas geniales que influyeron en otras. Ha tenido entre su gente algunas personas muy conocidas, porque ha sido en algunos momentos un movimiento fuerte. Pero, ¿hubo anarquistas así, en grupo, haciendo sociedades libertarias? Porque de esto se sabe poco, en general.

Te voy a poner 3 ejemplos históricos y luego hablamos de la actualidad.

Lógicamente, no ha habido sociedades grandes anarquistas que hayan sobrevivido. Los intentos de crear un mundo más justo han tenido dos finales que a menudo iban de la mano: la traición por parte de un sector autoritario o la represión terrible en forma de asesinato y guerra por parte del poder, de los Estados y de los capitalistas

(juntitos, de la mano). Pero eso no significa que el anarquismo no haya protagonizado momentos memorables cuya extensión ha sido importante.

En 1917, comienza la Revolución rusa. Eso es bastante conocido. Una amalgama de fuerzas opuestas a la tiranía del zar se alzan para derrocar al tirano a partir de una huelga de mujeres por el precio del pan.

Obreros, campesinos y soldados se agruparon en asambleas que llamaron *soviets*, de diferentes tendencias, pero que tenían en común buscar otra manera de organizar el país. Entre esas tendencias, la anarquista.

Cuando los bolcheviques (los que ahora se llaman *los comunistas*) se van haciendo con el poder, los anarquistas advierten de que su manera de interpretar la revolución es un veneno para la libertad. Ni siquiera la guerra civil que estalla tras la revolución justifica el viraje que se está dando hacia la dictadura.

En ese contexto, surge en la actual Ucrania otra forma de ver las cosas. Una sociedad en la que la tierra y las empresas pasaron a manos de los trabajadores. En la que congresos de asambleas de campesinos sustituían a los políticos. En la que la defensa del territorio, encargada a un Consejo, se decidía en la misma sociedad. En la que se crearon escuelas en mitad de una guerra.

La oposición de los marxistas liderados por Lenin y Trotski fue de tal rabia que incluso atacaron con su ejército al llamado Ejército Negro anarquista, terminando con una experiencia conocida como la *majnovina* o *majnovicina*, por uno de los protagonistas de tal etapa, Néstor Majnó. Los ucranianos pagarían caro durante la etapa de la URSS su querencia por la revolución libertaria.

Cambiamos de escenario. 1929, en la frontera entre Corea y China. Manchuria. Los anarquistas coreanos declaran la provincia autónoma y la organizan siguiendo un modelo de asambleas y consejos para diferentes temas. Es la Comuna de Shinmin. Participación colectiva y decisiones horizontales siguiendo el modelo federalista libertario. Una economía basada en las necesidades de la gente y en aprovechar los recursos de manera autogestionaria. Mejoras en la agricultura, en forma de avances técnicos.

Durante casi 3 años, esta enorme región supone un quebradero de cabeza para sus vecinos: Japón, gobernado por nacionalistas, digiere muy mal que esa zona no le pertenezca. China, en pleno enfrentamiento interno entre las fuerzas comunistas y los nacionalistas y la URSS, ya plenamente comunista autoritaria, andan disgustadas porque haya otro modelo de revolución que no implique irse cargando a todo el que disienta y adorar a un tipo con bigote o con un peinado imposible. Y, fíjate lo que son las cosas, los capitalistas japoneses y los presuntamente revolucionarios chinos atacan casi a la vez (no juntos, eso faltaba) para derrotar el intento revolucionario. Y ganan, claro. Y pierde la gente, por supuesto.

El último ejemplo. España. Julio de 1936. Un grupo de militares da un golpe de Estado. O lo intenta. En algunas ciudades como Barcelona, el empuje de los obreros armados, la mayoría de la anarcosindicalista CNT, hace que fracasen. Comienza una guerra, llamada guerra civil. Pero también se desatan las fuerzas revolucionarias que durante las décadas anteriores han ido cogiendo fuerza. La principal, la anarquista.

En diferentes puntos del país, en Cataluña, Aragón, Valencia, Castilla... se organizan colectividades. La economía pasa a ser colec-

tiva. Las tierras son arrebatadas a los ricos para ser gestionadas por cada municipio. Las empresas pasan a ser propiedad de los trabajadores. No hay modelo único de colectividad o de autogestión, pero el proceso revolucionario implica a una parte considerable de la población y del territorio que no controlan los militares y sus aliados fascistas.

Pronto, el Partido Comunista, formado por pequeños propietarios e intelectuales, intenta acusar a la revolución de poder hacer perder la guerra. «Ganad a Franco y luego ya pensamos en revoluciones», dicen. «¿Y para qué queremos ganar a Franco si no es para defender una sociedad nueva?», responden los anarquistas.

Las colectividades funcionan bien. Dentro de la escasez, consiguen que la gente pueda vivir mejor que antes de la guerra. Hasta la mitad del año 1937, en el que los comunistas, apoyados por los medios militares que les proporciona la URSS, ganan el prestigio suficiente como para frenar la revolución. A base de leyes, pero también por la fuerza, entrando a punta de pistola en pueblos y devolviendo la propiedad a los familiares de los ricos. Los comunistas son gente de orden. Y el orden siempre es de los ricos.

La revolución española es tan extensa, variada y profunda que deja una huella anarquista tremenda. Y eso, me temo, tampoco aparecerá en tu libro de Historia.

Desde la Comuna de París (1871) hasta la revolución zapatista (1994) o la de Rojava (que empezó en 2012 y continúa), ha habido momentos revolucionarios anarquistas o con influencia del anarquismo. Ha habido territorios más o menos grandes organizados de manera similar a lo que he ido contando en este libro y miles de per-

sonas han vivido, aunque sea un tiempo, en un mundo radicalmente diferente.

Cuando te digan que el anarquismo es imposible, ya puedes decir que no tanto, que solo lo es si los amantes del orden se ponen de acuerdo en acabar con un mundo libre.

EN ALGÚN LUGAR DEL MUNDO...

«**V**ivimos en el mejor de los sistemas posible», dice la propaganda política sin vergüenza ninguna, como si se conocieran todos los mundos posibles, ignorando las desastrosas consecuencias que está teniendo el capitalismo para el planeta, la explotación mundial que genera que millones de personas pasen hambre y mueran de ello a diario, la sucesión de guerras para obtener recursos que alimenten a la maquinaria económica...

Y vivimos en el mejor de los sistemas posible porque el capitalismo es como la meta de la Historia, el lugar al que desearían llegar todas las sociedades. La Champions de la política, vamos. Un paraíso al que se aspira de manera genética, porque el mercado y la democracia representativa son tan naturales como respirar, que nos gusten los dulces o que odiemos cuando suena el despertador pronto. Algo inevitable. No hay más. En todo caso, se puede ir perfeccionando poco a poco, pero la trama es intocable, los cimientos son sólidos, anclados en la propia esencia del ser humano.

Esto, que en la perspectiva europea contemporánea parece incluso tener algo de sentido, sería cierto si no se encontrasen ejemplos de otras formas de vivir. Otras formas que demostrarían que no, que el capitalismo y la democracia representativa no son sino un invento humano, y como tal invento puede ser abandonado, superado.

Ya te he puesto algún ejemplo histórico que muestra que hay alternativas, que se han puesto en práctica y que fueron borradas a sangre y fuego, no por su fracaso. Pero puede que pienses que esos ejemplos son de otra época y que hemos cambiado tanto que ahora los seres humanos ya nacemos con el gen del capitalismo, como nacemos con genes para el color de los ojos.

Existen sociedades sin Estado. A pesar de la presión militar constante, de las guerras y de la rapiña de los territorios, diferentes comunidades en el mundo carecen de gobierno, ni falta que les hace. Incluso a pesar del nacionalismo contagioso, algunos pueblos no aspiran a crear un gobierno como se entiende en Occidente.

Lo más cercano que podemos tener es la etnia gitana. Llevan siglos sin querer saber nada de estructuras políticas. Pero es posible que te digan que los gitanos no tienen tierras, un lugar fijo y suyo y, por tanto, no pueden crear un Estado.

Un contraejemplo: Zomia, una región montañosa de China está habitada por diferentes pueblos que, curiosamente, subieron a vivir a la montaña precisamente para escapar de la creación de esas estructuras políticas. «¡Que viene el Estado!» Y hala, para arriba a vivir y a pasar de crear una autoridad permanente. Los que se quedaron en el valle sí tienen gobiernos.

¿Qué prueba esto o de qué sirve? Pues para comprobar que no es natural, ni siquiera hoy en día, que la organización política sea la que propone la Unión Europea.

Lo mismo sirve para el concepto de justicia y control social. Ni la policía ni las cárceles ni los jueces son instituciones imprescindibles como el agua, el aire o la comida.

Los miembros de la comunidad hopi, un pueblo originario de América, utilizan técnicas rituales comunitarias para controlar los conflictos, de forma que se ridiculiza en grupo a quienes están haciendo daño a la sociedad, que, sometidos a ese escarnio, tratan de moderar sus actitudes.

«Nosotros estamos acostumbrados a solucionar el problema, a los jueces y a las autoridades de la justicia ordinaria solo les interesa solucionar el problema y nadie ataca a la causa, nadie mira las causas. Para que haya problemas lo primero es la causa. En la legalidad se ve el problema. En la legitimidad se ve la causa del problema. En la comunidad no se analiza el problema sino la causa. En las comunidades tratamos de evitar la causa, velando siempre el bienestar de la comunidad. Esas son las maneras de solucionar».

Esto lo dice un miembro de una federación de pueblos originarios de América. Expresa a la perfección la intención de una justicia diferente, que busca solucionar los conflictos mirando sus causas, no solo mediante el castigo rápido.

No quiero decir que gitanos, hopis o la gente de Zomia sean anarquistas o que su mundo lo sea. Sencillamente, representan otras maneras de entender las relaciones sociales, otras maneras que se alejan de la democracia tal y como la conocemos por aquí.

Por supuesto, también sigue habiendo prácticas económicas que se alejan del capitalismo. Durante la pandemia de 2020, por ejemplo, en muchos barrios de diferentes ciudades se formaron redes de apoyo mutuo, que tenían como objetivo hacer llegar recursos a personas que no podían salir de casa. Así, las redes, en las que participaron anarquistas, se convirtieron en un espacio para compartir, sin que mediara el dinero, para ir a alguna casa a llevar la comida, para acom-

pañar a alguna persona mayor al médico o para organizar repartos de víveres entre vecinos. Nadie cobraba dinero por ello. Nadie esperaba nada, excepto la satisfacción de echar una mano a quien vive al lado.

Christiania es un barrio de Copenhage, Dinamarca. Fue ocupado en 1971 y desde entonces, inspirado por ideales anarquistas, sobrevive a los diferentes acosos que ha tenido, desde la policía hasta los narcotraficantes, que han tratado de instalarse en el vecindario. Su economía usa en exclusiva energía renovable: energía solar, energía eólica, compostaje... Incluso el agua que se bebe se depura por medio de cañaverales, sin usar química. Hay alternativas al gasto brutal de energía, al petróleo, al carbón.

También las hay en educación. La escuela Paideia, en Mérida, lleva desde 1978 funcionando desde las ideas anarquistas. Allí no hay profesores al uso, no hay exámenes, no hay notas, los alumnos son responsables de su escuela (incluso hacen la comida) y de los conflictos que puedan surgir. Y aprenden. Y conviven. Y no lo hacen peor que en un colegio de los *normales* (yo diría que lo hacen bastante mejor).

Podríamos seguir poniendo ejemplos, pero creo que te haces una idea. No existe una forma de organizar la sociedad que sea consecuencia de nuestra genética, que sea imposible cambiar. Curiosamente, nos dicen que vivimos en el mundo más libre posible, pero al tiempo nos insisten en que es imposible, e indeseable, cambiar nada. En el momento en que nos creemos que esto es verdad, hemos caído en una trampa, que se puede desmontar con estos y otros ejemplos, pero que en realidad hay que desmontar con nuestra propia práctica.

Capítulo 8

¿Y AHORA QUÉ?

Nadie que sea algo realista cree que con que te leas un libro te vas a convencer de que las ideas anarquistas son la pera limonera y a partir de ahora tendremos un nuevo revolucionario en el mundo.

Si has leído este libro, probablemente sea porque ya tenías alguna inquietud, algo en común con el anarquismo. O eso, o algún amigo te lo ha recomendado porque se considera libertario y está harto de que le des la paliza con preguntas. Incluso podría ser que algún familiar (esa tía maja y moderna que tienes, por ejemplo) te haya dicho: «Toma, que tú en verdad pareces más anarquista que otra cosa».

En cualquiera de estos casos, o si estás en otro diferente (imagina que te has encontrado el libro tirado en el suelo, lo has cogido e inmediatamente una banda de moteros finlandeses te ha secuestrado en una habitación sin posibilidad de salir y, como solo tienes este libro, pues pasas el rato), puede que te preguntes qué se puede hacer si se ha llegado a la conclusión de que sí, de que eso del anarquismo no está tan mal, son buenas ideas, estaría bien hacer algo más.

No me voy a poner a darte órdenes (recuerda: Ni mandar ni obedecer), pero se me ocurre alguna idea que te puede resultar útil. ¿Y si aprendes más?

Esta pregunta es un poco paternalista. Nada me asegura que, aunque este libro sencillo e introductorio ha caído en tus manos, no seas una persona con un conocimiento del anarquismo bastante extenso. Pero hay que cubrir todas las posibilidades, así que puede ser una idea profundizar un poco más.

También te digo esto porque si alguna vez vas diciendo que eres anarquista, algunas personas te van a dar la lata preguntando. Es como si dices que eres de Ciencias y ya tuvieras que saber Física Cuántica y solucionar la Conjetura de Poincaré (de la cual no me puedes preguntar, que yo soy de Letras, lo siento). Incluso algún amigo o conocido te va a buscar contradicciones o hechos históricos que demuestren que los anarquistas son cualquier calificativo que se pueda ocurrir: malos como la droga, feos como lunes con examen, más simples que el historial laboral de Santiago Abascal, ingenuos como bebés o cualquier otra cosa.

En fin, que puede ser buena idea seguir echando un ojo a otros libros, por ejemplo. En Internet hay un montón de posibilidades, ya que los anarquistas solemos dejar nuestro material al alcance de cualquiera de manera gratuita (y, si son libros editados por gente no libertaria, hay otros anarquistas que se ocupan de que eso ocurra). Bibliotecas digitales como *The Anarchist Library* o *Anarquismo en PDF* pueden darte miles de horas de lectura. La editorial de este libro, por ejemplo, también tiene una web en la que están disponibles sus títulos.

También hay podcast (*La linterna de Diógenes* es didáctico y muy fiable, por ejemplo), documentales, películas, videos de todo tipo, revistas, folletos, foros... Un sinfín de posibilidades para ir profundizando, si es eso lo que te apetece.

Una buena idea puede ser hacerlo en compañía de otras personas, bien preguntando a gente que puedas conocer, bien buscando en común con otros amigos lo que os interese.

«Vale, pero yo lo que quiero es hacer algo, no ser un experto en anarquismo».

Pues puede que tengas razón. La teoría, si no va acompañada por la práctica, es pura especulación. Sería como tener una asignatura de anarquismo, en lugar de vivirlo de alguna manera.

Por eso, las personas que se consideran anarquistas intentan hacer algo. Hacer algo para difundir las propias ideas, para compartir con otras personas inquietudes, para oponerse a lo que consideran injusto o para crear experiencias que contengan la semilla de un mundo nuevo.

Creo que es importante conocer a otras personas anarquistas. Te darás cuenta de que tienes algo en común aunque, como decía al principio, será dentro de la variedad que debe existir si consideramos que la base es pensar por ti mismo y buscar el máximo de libertad y de igualdad.

«¿Ya, pero dónde encuentro gente anarquista?»

Puede que en tu propio instituto, puede que en tu propio barrio, pueblo o ciudad. A esa chica que lleva la famosa A dentro de un círculo en una pulsera o a ese chaval que parece que dice cosas sensatas en clase cuando se habla de la sociedad siempre les puedes preguntar. Incluso entre tus amigos puede haber alguien con sensibi-

lidad libertaria. Seguro que alguna vez habláis de algo social o político y se le nota.

O en ese lugar que se llama Centro Social Okupado del barrio, o Ateneo Libertario. O en ese sitio (una sede de un sindicato, una librería, en la calle...) en el que se ha organizado una charla sobre algo anarquista. Incluso buscando en Internet si existe algún grupo similar en mi zona.

«¿Y luego qué?»

Puede que ya tengas un grupo de amigos con ideas libertarias. Puede que queráis difundirlas por ahí, por vuestro entorno cercano. Echadle imaginación. Hay gente que escribe pequeños textos y los reparte. Los hay que crean contenidos para Internet o redes sociales (vídeos, podcast...). Otras personas hacen carteles y los pegan por su zona. Otros organizan en algún lugar encuentros para hablar de anarquismo o piden que vaya alguien a dar una charla. Las posibilidades se agotan donde se agote la imaginación.

O puede que queráis compartir experiencias. Juntaros primero y hablar de cómo veis las cosas. Crear un grupo más o menos estable que pueda analizar lo que os afecta y decidir qué hacer. Pensar en cómo podéis sumar a más gente de vuestro instituto, haciendo una organización de estudiantes anarquistas que puedan dar respuesta a lo que consideréis importante. Eso se llama autoorganizarse. A veces puede resultar útil pedir consejo a alguien, pero lo importante es que tengáis el protagonismo vosotros, para que la forma de organizaros que toméis corresponda a vuestros intereses y vuestras posibilidades.

Incluso puede que ya tengas clara alguna injusticia que te parece insufrible. Que quieras actuar. Como las situaciones pueden ser muy variadas, no hay una respuesta única, claro. A veces, una asam-

blea en el instituto puede poner en marcha una protesta que frena algún tipo de medida absurda. A veces, se llega incluso a la huelga (en la que, insisto, puedes pedir recomendaciones a alguien, pero los protagonistas deberíais ser vosotros). Otras veces, la manera de enfrentarse a algo pasa por acciones más creativas. Yo he visto pintadas, murales, pancartas, gente regañando a concejales, boicots a supermercados, piquetes, mítines con un altavoz delante de algún comercio que trataba mal a los trabajadores y un larguísimo etcétera, así que lo dejo en tus manos.

También puede que quieras crear algo que pienses que es una alternativa, desde un grupo para ir de excursión los fines de semana y escapar del ocio consumista hasta un centro social okupado. Solo te recomiendo que si vas a afrontar por primera vez algo ilegal, intentes buscar a alguien que lo haya hecho ya y que sea de mucha confianza para que te cuente los posibles problemas y el placer que produce. En este campo, también hay miles de posibilidades. Depende de tus intereses. Todo puede hacerse con tus propios medios, sin depender del Estado, sin que esté por medio el afán de ganar pasta y tomando las decisiones de forma horizontal. Básicamente, esto es actuar de manera anarquista.

Nada de lo que hagas garantiza que llegará la revolución, eso también te lo quiero recalcar, aunque seguro que lo intuyes. Entre otras cosas, porque las revoluciones son difíciles de programar. Pero cuando llegue uno de esos momentos en los que la gente se rebela, es importante que tengamos ideas y prácticas que sean justas, libres, igualitarias. Porque si no, es posible que se cambie un sistema injusto por otro peor todavía.

Creo que merece la pena intentarlo. Resistir en este mundo injusto con razones y con hechos. Si te apuntas, seguro que alguna vez coincidimos, compañero, compañera.

La 2.^a edición de *Un Círculo y una A. Anarquismo para jóvenes y adolescentes* se terminó de imprimir en octubre de 2024 en Vallekas, en los talleres de Gráficas de Diego. Impreso sobre papel *offset* de 90 gramos con tipos Goudy Bookletter de

11,5 puntos.



Un círculo y una A es una explicación de las ideas básicas del anarquismo. Una introducción en la que se exponen de manera clara las críticas al mundo actual y las propuestas para una sociedad justa, así como las bases de tal pensamiento, desde su radical defensa de la libertad y la igualdad hasta la propuesta ética.

No pretende ser el manual definitivo, pero sí un primer acercamiento para adolescentes y jóvenes que, como el resto de la sociedad, se ven bombardeados por la propaganda de un sistema, el capitalismo democrático, presentado como inevitable y sin posibilidad de alternativas.

Además, el texto es una llamada a la acción. Una llamada a la autoorganización, sin paternalismos, sin considerar a los adolescentes personas incapaces, hablándoles de tú a tú.

Un libro imprescindible para mentes inquietas, para jóvenes rebeldes, para quienes no se quieren conformar con la destrucción social y ambiental que generan día tras día el mercado y los gobiernos a su servicio.



<http://www.laneurosis.net/>